

RELATOS

Los relatos son cuentos más largos que llegan a desarrollar toda una historia.

Al igual que con los cuentos, nos tenemos que dejar llevar por ellos para aprender. ¡Lo mismo que con Dios!

1042. EL ÁNGEL COJO

Mi amigo tenía la manía de coleccionar curiosidades artísticas, y una tarde, mientras juntos mirábamos su álbum, saltó en una de sus páginas un ángel cojo.

- Y esto, ¿qué es?

- Es una pintura abisinia del siglo XI. Y corre sobre ella una curiosa leyenda.

Y mi amigo me la contó. Y era ésta:

“Era una de las mejores voces de todo el cielo, y así se pasaba la eternidad cantando ante el trono de Dios. Y sucedió que Dios se enamoró de la voz de Galael. Tanto, que llegó a pensar que el día que Galael faltara de su coro de cantores, el cielo sería un poco menos cielo. Pero no había el menor peligro de que esto sucediera, pues Galael estaba loco por Dios y no se movía de su lado ni a cuatro tirones.

Aunque, si hay que decir toda la verdad, no podemos ocultar que un día al año, Galael se ponía nervioso: el precedente a la Navidad. Y es que nuestro ángel no conocía la tierra, Todos los años, al llegar la Nochebuena, Galael contemplaba cómo el cielo se quedaba casi vacío, porque todos los ángeles bajaban a la tierra a gritar paz y gloria. Sólo él y unos pocos se quedaban en el cielo cantando.

La verdad es que, al principio, a Galael le importaba muy poco. Había oído hablar a sus compañeros de los hombres, pero no entendía ni podía imaginarse qué sería eso de tener carne.

Cuando una noche de diciembre Dios había tenido la ocurrencia de encarnarse y hacerse hombre, el bueno de Galael había sufrido un tremendo desconcierto; pero lo comprendió enseguida, y le fue fácil hacer entrar a los hombres en el círculo de sus cariños.

Y cuando nació la admiración, nació igualmente la curiosidad. Y hubo un momento en que la curiosidad pudo con nuestro ángel. Se presentó ante Dios y le soltó, muy serio:

- Señor, esto pasa ya de castaño oscuro. Hace casi dos mil años que bajan mis hermanos a la tierra, y yo sin conocerla todavía.

Dios acentuó esa sonrisa que siempre tiene en los labios, y contestó:

- Bien, si quieres bajar, baja. Allá tú. Busca un sustituto para el día de Navidad, y puedes ir con los demás.

A la mañana siguiente ya sabían por todos los rincones del cielo que también Galael bajaba aquel año. Nuestro ángel lo había gritado por todas partes. Sólo una cosa entristecía a Galael,

y es que, bastantes ángeles, al oírle, ser reían de él. Uno le había dicho:

- Bien se nota que no has estado nunca. Te imaginas un mundo delicioso. Pero ya, ya verás.

- No puede ser. ¿Cómo voy a creerlo?. ¿Van a ser tan locos que no celebren maravillosamente el día de Navidad?. Además, ¿quién dijo que no les conozco?. ¿No hemos visto a san Pablo, a santa Teresa, y tantos otros?. ¿Cómo van a ser vulgares los hombres?. Es que vosotros no les comprendéis.

Los días precedentes al 25 de diciembre sonaron en el cielo las primeras notas del “Aleluya”. Una enorme cantidad de ángeles se disparó hacia la tierra. No será necesario decir que Galael llevaba ya a la puerta del cielo cuatro horas haciendo cola y que, apenas abierta, comenzó a gritar la buena noticia.

Como no conocía la tierra, comenzó a planear sobre los campos hasta que llegó a una aglomeración de casas que le llamó la atención. Era una gran ciudad. Y comenzó a gritar:

- Eh, hombres. ¡Gloria a Dios en las alturas!

Pero nadie podía oírle. Los coches parecían tener más prisa que nunca y las bocinas no paraban de tocar. También los autobuses y tranvías estaban más chillones que nunca. Total, que se oía todo menos el canto de Galael.

Entonces pensó que sería mejor entrar en una casa y hablarles al oído para que pudieran escuchar. Vio un gran edificio y, sin saber qué era, entró por una de sus ventanas. Se trataba de un manicomio. Un hombre con bata blanca cruzó la sala y el ángel le siguió y llegó a una cocina donde charlaban varios hombres. El que acababa de entrar dijo:

- Venga, chicos, daos prisa. Van a dar las ocho y hoy se cena antes.

- Aún no terminó de cocerse. Esta cena no está lista.

- ¿Qué importa que esté preparada o no?. ¡Cómo si ellos se diesen cuenta de algo!.

- Pero hoy es Nochebuena.

- No olvides que están locos. La Nochebuena es para los sanos. Ellos no saben a qué fecha estamos. Y en mi casa me esperan para cenar a las diez. Dejaos de sentimientos y vamos a llevarla como esté.

Galael se quedó en un rincón de la cocina. No comprendía nada. O mejor: le daba miedo acabar de comprenderlo. Veía a aquellos treinta hombres demacrados, comiendo como autómatas, mascullando hacia dentro palabras incomprensibles. Y no pudo resistir por más tiempo la escena.

Salió de allí y entonces vio a un muchacho joven que entraba en una tienda. Entró tras él. Oyó decir al joven:

- Felices Pascuas, don Esteban.

Galael respiró al ver los ojos brillantes del muchacho. He aquí uno que parecía estar alegre.

Pero no tuvo mucho tiempo de pensar esto, porque el vejete a quien se había dirigido el joven contestó:

- Otro tonto. Felices... ¿qué demonios?. ¿Qué derecho tiene usted a estar alegre si es pobre como una rata?. ¡Mundo de tontos!. Andan por ahí saludándose como los payasos: Felices Pascuas, Felices Pascuas... Pero, ¿qué son las Pascuas?. La época de pagar las facturas careciendo de dinero, la época de tener un año más, pero no un duro más, la época de hacer balance y encontrarse un saldo desfavorable. Y encima, la época de las propinas.

- No diga usted eso, por Dios. Son días hermosísimos. Días para pasarlos juntos en familia.

- ¡En familia!. ¿Cuántos son ustedes en casa?.

- Doce.

- ¡Doce!. Ya lo decía yo. ¿Cómo pueden sentarse a la mesa doce bocas?. Disgustos, malos humores, gastos: todo lo malo viene de ser varios. Yo estoy solo, y me salgo más barato.

Galael no sabía si freír o llorar. Aquel vejete le resultaba tan prodigiosamente estúpido... Nuestro ángel le veía contar y recontar unos fajos de papeles sucios y se preguntaba cómo podrían interesarles a los hombres aquellas porquerías de papelujos.

Salió de allí y vio a lo lejos unas luces que se encendían y apagaban. Se dijo:

- Son fuegos artificiales. Aquí, por lo menos, los hombres se aman como hermanos y celebran la Navidad.

Y se dirigió allí. Sólo entonces se dio cuenta de dónde estaba. Debajo de sí tenía lugar una sangrienta batalla. Las luces no eran cohetes, sino cañonazos. Los soldados gritaban al caer heridos de muerte, y el olor de la pólvora hacía irrespirable el aire. ¡Cuánto sufrimiento!. ¡Cuánto dolor!. Ahora sí que lloró Galael.

Escapó de allí y llegó de vuelta a la ciudad. Galael se sentó en el bordillo de la acera. Intentó imaginarse a Dios, pero era en vano. Y las lágrimas le llenaron los ojos.

- No puedo irme al cielo así, no puede llevarme ese recuerdo al cielo. Toda la eternidad pensando en esto... ¡Será horrible!. Y no podré olvidarlo.

Pero a las lágrimas sucedió el sueño y Galael se durmió y volvió a ser feliz soñando con los angelitos. Era de día cuando despertó. Sólo cuando miró al cielo y vio que no había estrellas se dio cuenta de que era tardísimo. Galael comenzó a correr por las callejuelas hasta llegar a una ancha calle por la que los coches cruzaban en auténticas riadas. Dudó un momento si debía cruzar.

- ¡Eh, cuidado!.

Alguien gritó. Era tarde. Crujieron los frenos. Se amontonó la gente. Se atravesaron varios coches que tuvieron que hacer hábiles giros para no chocar con los que iban delante. Llegó un guardia.

- ¿Qué ha pasado?.

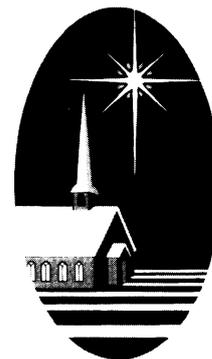
- Una cosa rarísima. He atropellado a un señor, le he visto caer bajo las ruedas, y aquí no hay nadie caído.

El conductor, con una rodilla en tierra y palidísimo, agitaba las manos sin comprender. El guardia agitó la cabeza.

- Usted lo que viene es bebido. Ahora mismo viene conmigo a la comisaría.

Y ya iba, mientras tanto, Galael con su pierna partida camino del cielo. Desde entonces es el único ángel cojo del cielo, y en todas las procesiones puede vérselo el último, arrastrando sobre la bóveda del firmamento su pierna de palo, que resuena como un tambor. Y se le ve ir triste y melancólico, rezando por los hombres que un 24 de diciembre le hicieron llorar por primera vez en su vida".

Y éste es el ángel que el pintor abisinio pintó hace nueve siglos y la leyenda que nació en torno a él. Ojalá que un día este ángel cojo pueda volver a la tierra y ver un mundo de hermanos que celebra felizmente el nacimiento de Jesús. Entonces será Navidad.



1043. EL CAPITALISMO

Cuando el rey David - Dinero gozó con la fortuna de un pobre soldado fiel, y decidió además enviarlo a la muerte para quedarse con lo suyo, el Señor Dios envió al profeta Natán ante el rey David - Dinero para reprenderle.

Natán entró ante el rey y le dijo:

- Había dos hombres en un pueblo; uno era rico y otro pobre. El rico tenía muchos rebaños de ovejas y bueyes, el pobre sólo tenía una corderilla que había comprado. La iba criando, y ella crecía con él y con sus hijos, comiendo de su pan, bebiendo de su vaso y durmiendo en su regazo: era como una hija. Llegó una visita a casa del rico, y no queriendo perder una oveja o un buey para invitar a su huésped, cogió la cordera del pobre y convidó con ella a su huésped" (cf. 2 Samuel 12, 1-4).

Natán contaba con que el rey, al oír la historia, iba a montar en cólera y exclamar: "¡Vive Dios que el que ha hecho eso es reo de muerte!". En ese momento, Natán le diría: "Ese hombre eres tú". Y estaba seguro de que, al oírlo, el rey caería en la cuenta de su pecado y se arrepentiría. Natán tenía larga experiencia: sabía que la parábola había funcionado otras veces, y esperaba que iba a funcionar también ahora.

Pero he aquí que el rey David - Dinero le contestó a Natán:

- Elemental, mi querido profeta. El rico no podía gastar sus ovejas, puesto que las necesitaba para invertir. Una oveja del rico podía producir mucha riqueza, dando a luz cuatro o cinco ternillos más. Mientras que la corderilla del pobre

estaba destinada a morir, ya que el pobre no disponía de medios, ni de corderos ni de sementales para hacerla multiplicarse. Debes comprender que, si el rico hubiese matado una de sus ovejas para agasajar a su huésped, habría empobrecido al país no creando riqueza.

Natán se marchó cabizbajo comprendiendo que él no sabía nada de economía y que, por ello, quizá sería mejor abandonar su misión de profeta. Se retiró a la montaña, y estaba a punto de quedarse allí para siempre, cuando recordó que tenía que dar cuenta de su misión al Señor Yahvé Dios. Por eso volvió a la ciudad y llamó por teléfono al rey:

- Oídme, majestad. Es sobre aquella historia de la que hablamos el otro día, ¿recuerdas? ¿Me garantizáis al menos que el rico invertirá en crear riqueza la oveja que se ahorró en el convite de su huésped?

El rey David - Dinero le respondió:

- No puedo asegurártelo, Natán. Forzarle a ello sería violentar su libertad, y mi reino es un reino de libertades. El rico tendrá que ver qué es lo que más le conviene, cómo está el mercado de trabajo y qué riesgos corre. Y luego decidirá lo que crea mejor. Quizá está ya cansado de tanto esfuerzo por crear riqueza que nadie sabe agradecerle.

Natán recogió la alusión y palideció. Pero, pensando en Yahvé Dios, a quien había de dar cuenta de su embajada, todavía se atrevió a preguntar al monarca:

- Pero al menos, si lo hace, ¿dará al pobre una de las ovejitas recién nacidas para compensar la que le quitó? Incluso ¿no podemos decir que esa oveja es del pobre y que debe devolvérsela, porque fue producida con el sacrificio de algo muy suyo?

- Otra vez no entiendes nada, querido Natán. Si hiciera eso, ¿no comprendes que sería otra oportunidad de inversión que se pierde? Y, ¿cómo iba a bendecir Dios a este pueblo que Él se escogió, si le cerrara las posibilidades de crear riqueza?

José Ignacio González Faus. Noticias Obreras,
febrero 1995

1044. CARTA DE ULTRATUMBA

(Reservada y secretísima a los misioneros chinos)

Queridos y venerables hermanos:

Seguro que no lograréis comprender cómo antes de caer nosotros no hayamos puesto el hacha en la raíz de la injusticia social.

Ha sido el amor al "orden" el que nos ha cegado.

A las puertas del extremo desorden, os dirigimos esta nuestra última y débil excusa, suplicándonos que creáis en nuestra inverosímil buena fe.

(Pero si no habéis mamado, como nosotros, junto la leche, seculares errores, no nos podréis comprender).

No hemos odiado a los pobres, como la historia dirá de nosotros.

Sólo hemos dormido.

Ha sido entre sueños cuando hemos fornicado con el liberalismo y con los congresos eucarísticos de los fascismos.

Nos parecía que su prudencia nos podría salvar.

Ved, pues, que ha faltado la plena advertencia y la libre voluntad.

Cuando nos hemos despertado era demasiado tarde. Los pobres se habían ido de nosotros.

Hubiéramos llamado inútilmente a la puerta del festín. Cuando enseñéis a los pequeños catecúmenos blancos la historia del lejano 2.000, no les habléis de nuestro martirio.

Decidles sólo que hemos muerto y que den gracias a Dios por ello. Demasiadas causas extrañas hemos mezclado con la de Cristo.

Ser asesinado por los pobres no es un glorioso martirio.

Cristo sabrá remediar nuestra ineptitud.

Es Él quien ha puesto en el corazón de los pobres la sed de la justicia.

A Él, pues, deberán encontrarle junto con ella cuando hayan destruido sus templos y desmentido a sus soñolientos sacerdotes.

A vosotros, misioneros chinos, hijos de los mártires, nuestros más afectuosos deseos.

Un pobre sacerdote blanco a finales del segundo milenio.



Lorenzo Milani. "Maestro y cura de Barbiana", p.
337

1045. CONCILIO ECUMÉNICO

Hombres venidos de las cinco partes del mundo se reunieron para deliberar y decidir sobre el color de la piel de Dios. La asamblea había surgido a instancia de los asiáticos y africanos, a quienes molestaba sobremanera que los hombres de rostro pálido hubieran impuesto a un Dios ario, de cutis rosado y largo cabellera.

Abrió la sesión un delegado de África que aprovechó su turno para disertar acerca de la negritud de Dios. A los argumentos tradicionales, extraídos de antiquísimas leyendas de pueblos del corazón de África, añadió un razonamiento original y de difícil refutación teórica: ningún color tan propio como el negro para representar la

impenetrable oscuridad de la sustancia misteriosa de Dios.

Habló después el jefe de la delegación china para recordar que había sido en su país donde primero, hace muchísimos siglos, apareció la idea del divino señor del cielo y que, por tanto, ningún otro pueblo como el suyo estaba capacitado para especificar cómo es Dios: amarillo como un sol resplandeciente, de cara redondeada puesto que la esfera es la figura de la perfección y con unos ojos oblicuamente inclinados contemplando al hombre desde su altitud excelsa.

Seguía el turno de las delegaciones, cada cual con su argumentación. Tan parecidos, menos en el color de Dios, eran unos discursos a los otros que muchos bostezaban y hasta se dormían de puro aburrimiento. Sólo les despertó y puso de nuevo en vilo a la asamblea la intervención de la delegada de un país europeo que, dejando de lado el asunto del color por considerarlo accidental, dedicó su entero parlamento al tema del sexo de Dios, mucho más importante a su juicio, pese a no figurar en el orden del día. ¿Por qué - manifestó - había de ser padre y no precisamente madre? ¿Por qué con una extensa barba y no con dos grandes senos de donde mana la leche de vida que lo alimenta todo?

A partir de ahí el debate se complicó muchísimo. ¿Por qué no - añadió otro participante - pintar a Dios siempre como anciano, como alguien que ha vivido mucho, toda una eternidad? ¿Por qué no, en cambio, como niño o niña, que tiene aún mucha vida por delante?

Con estas y otras controversias tanto se alargó la asamblea que los animales llegaron a enterarse de ella y enviaron también su diputación. Cuando los animales se presentaron a la asamblea de los hombres, éstos al principio se mostraron bien dispuestos a escucharles. Por ser su idioma el más parecido al de los humanos, habló en nombre del reino animal un papagayo: "Los animales no humanos hemos seguido con enorme interés este debate y hemos querido aportar nuestro saber, mucho más antiguo y venerable que el humano, pues cuando aparecieron los primeros hombres sobre la superficie del planeta, éste se hallaba ya ocupado por animales de numerosos géneros y especies. Si me está permitido comenzar por una apreciación muy personal, os diré que no puedo imaginarme a Dios de tal o cual color, de un solo color, monocromático, sino de todos los colores, en una catarata de arco iris que despliegan como animados abanicos".

Hubo risas generalizadas entre los escaños de los humanos, que encontraron al papagayo provinciano y de cortas miras teológicas. Pero el orador prosiguió: "Pero no insistiré en esto. Os hablaré más bien en nombre de mis compañeros todos y también de vuestros propios antepasados. ¿No representaron éstos a Dios como águila, como león, como toro, vaca, anfibio? ¿No fue una efigie animal, antes que humana,

que cundieron los primeros simulacros de Dios entre vosotros?"

Estalló en este punto no la risa, sino la indignación. Y espantaron con malos modos a los animales y continuaron la reunión a puerta cerrada.

Había que pasar ya a las conclusiones. Cierta número de asistentes, los más escépticos, declararon: "Estas preguntas por el color, el sexo o la edad de Dios no pueden sostenerse. Ni siquiera sabemos si hay Dios y estamos perdiendo el tiempo dibujando su ara". Y abandonaron la reunión dirigiéndose a sus casas.

Algunos puristas repetían una y otra vez: "Dios es espíritu. No tiene piel, ni sexo, ni plumas, ni rostro. Es invisible e inimaginable. No debéis hacer ningún dibujo ni escultura de Él, tampoco según el modelo del hombre".

El texto final aprobado decía así: "Gravemente erraron los antiguos cuando creyeron tener Dios parecido con el águila, el león, el toro o cualquier otro cuadrúpedo, ave o anfibio. Dios es a imagen y semejanza del hombre. Aunque no tiene carne ni huesos, debe Dios ser concebido eminentemente a semejanza de la parte más elevada del hombre, de su espíritu, y por eso invisible e inaprensible".

1046. CREATIVIDAD CIENTÍFICA

Hace algún tiempo recibí la llamada de un colega que me pedía que fuese el juez imparcial en la calificación de un examen. Mi amigo estaba a punto de suspender a un alumno por la respuesta que éste había dado a un problema de física. Sin embargo, el estudiante aducía a su favor que le tenía que dar Matrícula de Honor, dado que había contestado correctamente a la pregunta y que lo único que pasaba es que el sistema educativo estaba hecho en contra de los estudiantes.

Profesor y estudiante se pusieron de acuerdo para someter el problema a un árbitro imparcial y yo fui seleccionado. A la mañana siguiente fui al despacho de mi colega y leí la pregunta que decía:

"Determinar la altura de un edificio con la ayuda de un barómetro."

El estudiante había contestado del siguiente modo:

- "Coger el barómetro y llevarlo a lo más alto del edificio, atarle una cuerda larga, bajar el barómetro hasta que toque la calle, después subirlo y medir la cuerda. La longitud de la cuerda será la altura del edificio".

Ante la respuesta indiqué a mi amigo que el estudiante tenía razón, debiéndosele conceder la más alta calificación, ya que había contestado correctamente a la pregunta que se le había hecho. Sin embargo, y dado que la asignatura hacía referencia a la Física, era preciso por parte del estudiante demostrar que sabía Física y, aun considerando que la respuesta era correcta, no demostraba por otro lado competencia en Física.

En esta situación sugerí a ambos, profesor y estudiante, dar al alumno otra oportunidad para responder a la pregunta. No me sorprendí cuando mi colega aceptó, pero quedé un poco asombrado cuando el estudiante manifestó su conformidad. Concedí al estudiante seis minutos para responder a la pregunta formulada, con la advertencia de que la respuesta que diese debía demostrar conocimientos de Física. Al cabo de cinco minutos de reflexión, el alumno redactó su respuesta del modo siguiente:

- "Llévese el barómetro a lo alto del edificio y apóyese en el borde del tejado. Déjese caer el barómetro y con un cronómetro mídase el tiempo de caída. Después, utilizando la fórmula $S = \frac{1}{2} g t^2$, calcúlese la altura del edificio".

La respuesta era correcta e indicaba conocimientos de Física, por lo cual se le otorgó la calificación más alta. Sin embargo, al abandonar el despacho de mi colega, recordé que el estudiante había dicho que tenía otras respuestas al problema. Movido por la curiosidad, le pregunté cuáles eran éstas.

- Existen muchos métodos de obtener la altura de un edificio con la ayuda de un barómetro, dijo el estudiante. Por ejemplo, se puede tomar el barómetro en un día soleado, medir la altura del mismo y la longitud de su sombra, así como la longitud de la sombra del edificio. Entonces, utilizando una simple proporción, se puede obtener esta última.

- Muy bien - dije asombrado -. ¿Tienes todavía más respuestas?

- ¡Oh, sí! - dijo el estudiante -. Existe un método que le gustará. Usted coge el barómetro y comienza a subir las escaleras. Según va subiendo va marcando la longitud del barómetro sobre la pared. Después va contando el número de marcas que ha realizado y así obtendrá la altura del edificio en "unidades barométricas". Este es un método muy directo, como habrá podido comprobar. Por supuesto si desea un método muy complicado, puede utilizar el siguiente. Se ata el barómetro a la parte inferior de un cable y se mueve como si fuera un péndulo. Determinando el valor de "g" a nivel del suelo y en lo alto del edificio, se puede, en principio, calcular la altura del mismo. Hay otros muchos métodos de resolver el problema, pero probablemente el más sencillo, sería llevar el barómetro a la oficina del director del mismo y llamar a la puerta. Cuando el director responda, le dice: "Estimado señor Director, tengo aquí un magnífico barómetro que le regalaré si usted me dice la altura del edificio".

Entonces le pregunté al estudiante si realmente no sabía la respuesta convencional a la pregunta formulada. El estudiante admitió que conocía la respuesta, pero añadió que estaba harto de profesores pedantes que pretende enseñarle cómo pensar y utilizar el método científico.

Anuario de la educación Santillana, 1974

1047. CUENTO DE NAVIDAD

Y tocaron las trompetas y Dios dijo: "Se acabó". Y toda la gente que aún vivía se dio cuenta de que era el fin. Y se pusieron todos a la cola, en la puerta de la otra vida, arreglándose el vestido, peinándose un poco y frotando los zapatos con disimulo porque era la hora del juicio y había que estar presentables.

Así que apareció san Pedro por la puerta leyendo a gritos su recado: "Por orden... que manda... que pasen los pobres... los presos... los que tienen hambre...". Y seguía su cantinela hasta que terminó con un sonoro "y todos los oprimidos".

Una macabra caravana se fue formando y, sin más trámite, entró en el cielo.

La fila quedó entonces mucho más vistosa. Todo lo sucio, lo feo, lo roto, lo desastrado había desaparecido, y los que quedaban se miraron sonrientes. Ahora vamos nosotros - pensaban todos.

San Pedro, que había entrado a acompañar a los primeros, volvió a salir y, con cara de funcionario de ministerio, dijo: "Completo, ya no caben más".

Se organizó un revuelo tremendo. ¡Cómo que no cabemos! ¡Ahí hay sitio para todos! ¡Estás loco, déjanos pasar!

Asustado por la revuelta, san Pedro le gritó al ayudante: "Corre, dile al Jefe que salga". Y al momento, vino Dios a la puerta y todos se callaron porque le tenían muchísimo respeto: "¿Qué pasa aquí? ¿A qué viene este griterío?"

San Pedro le dijo: "Nada, Jefe, que les he dicho que está completo y se han puesto furiosos".

"Por mis barbas, Pedro, que eres la monda... ¿Quién ha dicho quien está completo? Te he dicho que ya están todos, que no es lo mismo..."

Pedro puso cara de no entender, pero se calló y Dios siguió diciendo: "Ya están todos los que entraron por derecho propio (eso lo dije ya hace muchos siglos). Ahora, los que quedan iréis pasando de uno en uno por esa mesa. En ella se sentará un representante de cada una de las pobrezas que hubo en la tierra y juntos formarán un jurado. A ellos tendréis que demostrarles que, en la vida, fuisteis sus hermanos y, si ellos os reconocen como tales, iréis pasando. El cielo es para toda la familia... ¡Suerte! Yo os espero dentro, que ya ha empezado la fiesta.

Revista de Comunidades Cristianas. 1976. Alfonso Francia. "Educar con parábolas", p.141

1048. LOS DOS HACENDADOS

En cierto país de América vivían dos hacendados inmensamente ricos cuyas propiedades vastísimas colindaban. El uno cultivaba la caña de azúcar, el otro el café. Sus plantaciones eran soberbias y magníficamente cuidadas por esclavos negros.

La ley de aquel país prohibía a los amos de esclavos que vendieran las crías de sus negros y que se desembarazasen de sus servidores bajo

pretexto de vejez. Al comprar un esclavo, el amo venía obligado a conservarlo hasta que muriese. El dominio de cada colono formaba de esta suerte un pequeño estado.

Pero sucedió que un día el hacendado del café y el hacendado de la caña de azúcar notaron que aumentaba siempre el personal que tenían que alimentar, sin obtener por esto más abundantes cosechas. Había, pues, exceso de gastos y disminución de beneficios.

Los dos llegaron a estar pensativos.

El hacendado del café tuvo una idea: aumentó la tarifa de los productos.

- De este modo - pensaba - cubriré la diferencia.

Y jugando a las cartas con su vecino, el hacendado de la caña de azúcar, le confió su remedio.

- Es excelente - dijo el otro -, yo voy a imitaros.

Ambos elevaron los precios de sus mercancías; pero como todos los estados de América no estaban sometidos a la misma ley, los otros productores no aumentaron los precios y nuestros dos hacendados no pudieron vender sus cosechas.

Tuvieron que resignarse a vender al precio del mercado, como los otros, y se debatían los sesos para hallar otro remedio.

A su vez, el hacendado de la caña de azúcar tuvo una ocurrencia.

- Reduzcamos la alimentación de nuestra gente.

- ¡Eureka! - gritó el vecino.

Los alimentos fueron reducidos. Se los redujo hasta lo estrictamente necesario para la vida.

Pero también esta vez el resultado fue malo: los negros, mal alimentados, se rendían y el trabajo se resentía en ello. De suerte que, si había una disminución de gastos, había también una disminución de beneficios.

Se ensayó entonces a persuadir a los negros que no se juntasen con sus compañeras, que no tuviesen hijos, hasta se rodearon sus uniones de una serie de complicaciones y dificultades. Pero los infelices (no teniendo otro placer, como decían) querían, a pesar de todo, tener una mujer y tenían hijos, a pesar de todo.

La situación era siempre mala.

Y hasta se agravaba. Maltratados, mal alimentados, los negros comenzaban a murmurar y cruzaban por sus cerebros veleidades de rebeldía.

Los dos hacendados veían con terror aproximarse la hora de una insurrección. ¿Qué sucedería? ¿Serían los negros capaces de apoderarse de todas las riquezas que su trabajo había producido?

Era necesario a todo trance conjurar el peligro. Los dos hacendados se reunieron y, después de jugar otra partida, con acompañamiento de tazas de excelente moka (con el café de uno y el azúcar del otro), convinieron en un tercer remedio, que calificaron de infalible. Así, restablecida

su tranquilidad, se despidieron con un apretón de manos.

Al día siguiente, visitando el límite de su propiedad, el hacendado del café notó que las cañas de azúcar se habían apoderado de una faja de terreno que, según él declaraba, le pertenecía.

Enseguida, vino una delegación de negros a requerir a su vecino, que vino escoltado por una delegación de los suyos.

- Este es el caso - dijo en tono agrio el hacendado del café - vuestras cañas invaden mi terreno.

- Perdonad - replicó el otro no en tono menos acerbo - este terreno me pertenece.

- Nunca; mirad dónde están puestos los jalones.

- Señor mío, los jalones han sido cambiados y yo os acuso de haberlos trasladado para buscar me querella.

- Mis fieles amigos, - dijo entonces el hacendado del café volviéndose a sus negros - yo os tomo por testigos del insulto que se me acaba de hacer.

- Y vosotros, mis buenos camaradas, - dijo el otro hacendado a sus esclavos - yo os ruego que hagáis constar que los jalones han sido cambiados del lugar.

- Está bien, señor, - replicó el insultado - tendréis que darme la razón bien pronto.

- No os temo, - respondió con altivez el hacendado de las cañas.

Ambos se saludaron inflexibles y se alejaron seguidos de sus delegaciones de negros muy contentos y orgullosos por haber sido tratados por sus amos de fieles amigos y buenos camaradas.

Por la noche, en las humildes cabañas negras de las dos plantaciones, los esclavos (muy sobreexcitados por un vaso de ron muy generosamente distribuido) no se hablaba más que de honor ofendido, de honor a vengar, de dignidad herida, etc.

- Hay que vengar al amo - decían.

- Estamos prestos a morir por el buen amo - encarecían los más sentimentales.

Y los dos hacendados, habiendo salido a dar un paseo a la sordina por detrás de las miserables barracas, reventaban de risa, al pensar cuán buen remedio habían hallado por fin.

A la mañana siguiente, el hacendado del café envió la delegación de sus negros a declarar la guerra a su vecino, el hacendado de las cañas de azúcar.

- Sobre todo, mis fieles amigos - dijo - nada de concesiones. Hemos sido ofendidos y hay que lavar la injuria.

- ¡Oh! amo, quedar tranquilo, - respondieron los buenos negros - nosotros querer morir por vengar el honor del amo.

Por su parte, el hacendado de la caña había recomendado a sus buenos camaradas que no hiciesen concesiones y estuviesen muy firmes:

- ¡Demostrad que sois hombres! - declamaba con un tono soberbio.

Llenos de orgullo por este calificativo de hombres, ellos a quienes acostumbraba a tratar como perros, los negros del segundo hacendado recibieron muy mal a sus congéneres vecinos. Les maltrataron, les llamaron bandidos y ladrones (fueron hombres, en fin, por el odio y la violencia) y la guerra fue declarada.

Al día siguiente todo había terminado. En las dos plantaciones, las tres cuartas partes de los negros estaban muertos, tendidos en el suelo. Se habían batido con horcas, con azadones y con hachas. Algunas negras habían querido mezclarse y sus cadáveres yacían junto a los de sus compañeros. Otras negras, lloraban silenciosamente, apretando en sus brazos pequeños negritos.

En el dominio del vencedor (el hacendado del café) una negra, sin embargo, no lloraba. Feroz, miraba a su muchacho muerto, a sus pies, y a su hombre herido, sentado en un banco, cerca de ella.

Pasó el amo.

- Es una gran desgracia, - dijo el amo con dulzura - pero debes consolarte, mi pobre vieja, pensando que hemos conseguido la victoria.

- Tú tener victoria, nosotros no - replicó la vieja con ira -, nosotros quedar esclavos como antes.

- Pero hemos vengado nuestro honor ofendido - declaró todavía el amo.

El viejo esclavo herido se levantó:

- Tú nos has burlado con tu honor. Tú ser un asesino.

- Sí, tú ser un asesino - repitió la negra.

Algunos sobrevivientes se habían aproximado. El amo pudo leer en sus rostros que les hacían efecto las palabras de sus compañeros. Otra vez sintió la insurrección muy próxima. A todo trance había que producir una reacción para prevenir la rebelión.

- Y vosotros sois ingratos y traidores - dijo con tono de juez -, y merecéis la muerte de los traidores.

Tiró del revólver, disparó dos veces y los dos esposos negros cayeron sobre el cadáver su hijo.

Enseguida, los que habían asistido a esta escena, llenos a la vez de miedo y de admiración, cayeron de rodillas.

- ¡Oh! amo, buen amo - dijeron.

- Levantaos - les dijo éste -. Durante ocho días no trabajaréis. Haced hermosos funerales a vuestros camaradas, gloriosamente muertos por el honor de nuestro dominio. Yo os prometo levantar un bello monumento sobre su tumba.

Los negros se levantaron satisfechos de pertenecer a un hombre tan generoso. Hicieron hermosos funerales a sus muertos, entonaron sus cantos de victoria y bebieron ron; después,

al cabo de ocho días, emprendieron de nuevo su penoso trabajo de esclavos.

En la plantación vecina las cosas ocurrieron con alguna diferencia. Habían sido vencidos.

El hacendado de la caña de azúcar condujo a los sobrevivientes negros al campo de batalla.

- Mirad - dijo señalándoles la faja de terreno que había tenido que abandonar, con las cañas a su vecino hacendado - mirad, se nos ha despojado. Os habéis portado como valientes, pero la fatalidad ha sido en contra nuestra.

- Buen amo - declararon lo negros -, nosotros vengar un día nuestros camaradas muertos.

- Sí, amigos míos; tomaremos nuestra revancha cuando el momento sea propicio. Entre tanto, haced hermosos funerales a vuestros hermanos y no olvidéis que su sangre clama venganza.

Y los negros supervivientes, extendiendo la mano sobre los cadáveres, juraron preparar la revancha. Hicieron hermosos funerales a sus muertos, entonaron cánticos feroces de venganza y bebieron ron para olvidar la derrota; después emprendieron de nuevo, también, su duro trabajo de esclavos.

Desde entonces los dos hacendados ya no tienen inquietudes. Cuando sus esclavos vienen a ser demasiado numerosos, cuando temen una rebelión de sus negros o cuando necesitan hacerse temer, se ponen de acuerdo mientras juegan a las cartas y con pretexto de la faja de terreno a defender o a reconquistar, o con pretexto de vengar a los muertos, lanzan uno contra otro los dos rebaños de negros, que han acabado por calificarse mutuamente de enemigos y se matan sin piedad.

Esto siempre tiene éxito. Y siempre también después de cada batalla, los dos hacendados, saboreando una taza de excelente moka (con el café de uno y el azúcar del otro) se felicitan de haber hallado por fin el gran remedio.

Magdalena Vernet. "Dinamita cerebral", p. 19

1049. EL ENVENENADOR

Comenzaba a oscurecer en el laboratorio del alquimista. Los últimos rayos del día penetraban por la gran ventana ojival y caían sobre los numerosos papeles y las hojas de pergamino de los infolios abiertos sobre la mesa. La luz centelleaba en las retortas y alambiques, o saltaba a través de toda clase de líquidos verdes y amarillos que estaban ordenados en los anaqueles, en frascos cuidadosamente tapados. Bajo un crisol, estaba el envenenador, gris y viejo, revestido de una holapanda que le llegaba hasta los pies; su cabeza calva estaba cubierta con una toca. Una máscara de vidrio le impedía respirar los vapores venenosos que salían del crisol.

Afuera se ponía el sol. Detrás de las torres y de los campanarios de la ciudad, el cielo se teñía de púrpura y todas las campanas tocaban el ángelus. El envenenador interrumpió su trabajo, apagó la llama azul y fue a abrir la ventana.

Soñador, se puso a medir el suelo de su cuarto a lo largo y a lo ancho, mientras que las campanas tocaban y el aire se llenaba con el humo de todas las chimeneas de la ciudad, en que se preparaba la comida de la tarde.

En la oscuridad, el envenenador murmuró:

“Hace poco, quemaron a mi gran maestro en la plaza de la catedral, en medio de la alegría delirante del populacho y de sus sacerdotes... ¡El hombre mejor y más noble que jamás hubo en la tierra! No encontraron uno igual a él en sus confesionarios... Un hombre que nunca hizo mal, ni siquiera a una mosca, un sabio tranquilo que sólo se ocupaba de sus libros y de sus retortas y que nunca tomó un céntimo a nadie... Lo quemaron allá abajo, el populacho y sus sacerdotes...”

¿Acaso no está permitido destilar veneno? Es una ciencia y un arte igual que las otras ciencias y los otros artes. Yo vendo mi mercancía a quien vale; sólo pido un beneficio razonable por mi trabajo... ¿Esto es ilegal?, ¿es deshonesto?, ¿merece un castigo? Creo que no.

Se dice que en los campos los envenenamientos son cada vez más fuertes. Y se comenta en el silencio que yo, al vender mis venenos, soy el causante de todos... ¿Sé yo cuál es el uso que hacen de mis venenos? ¿Qué tengo que ver yo con todo eso? Me lavo las manos... No sé nada, absolutamente nada... Personalmente no me atrevería ni siquiera a poner una brizna de paja al paso de alguien.

Yo vivo tan tranquilo y tan regularmente como un santo monje. Pago los impuestos y las contribuciones a la ciudad y al Estado y doy limosna a todos los que vienen a golpear a mi puerta. Entre mis cuatro muros no se comete ningún exceso, bajo mi techo no pasa nada reprehensible.

Yo soy un alquimista capaz, un honrado alquimista. Vendo mi veneno así como otros venden su pan. Así como algunos necesitan pan, hay otros que necesitan veneno. El pan hace vivir a unos, el veneno hace morir a otros... Yo no lo puedo cambiar.

El viejo alquimista musitó estas y muchas otras cosas mientras caía la noche. Encendió su lámpara de aceite, se puso a estudiar por largo rato las páginas amarillentas de las obras de los grandes toxicólogos.

Luego se fue a acostar. El miedo le despertó en la noche pues le parecía que los agentes del verdugo estaban allí para llevárselo. Jamás, sin embargo, ni aun en lo más profundo de su sueño, le mostró la conciencia los cadáveres que su veneno había asesinado.

Ioannes löngensen

1050. ESCUCHAR A MOZART

Pensar, capitán Montes, que hubieras podido seguir durmiendo tu siesta. En realidad, estás cansado. Hay que reconocer que la faena de ayer fue dura, con esos doce presos que llegaron juntos, ya bastante maltrechos, y ustedes

tuvieron que arruinarlos un poquito más. Eso siempre te deja un malestar, sobre todo cuando no se consigue que suelten nada, ni siquiera el número de zapatos o el talle de la camisa. Las pocas veces en que alguien habla, pensando (pobre ingenuo) que eso signifique al final del infierno, entonces el trabajo sucio te deja por lo menos una satisfacción mínima. Después de todo, te enseñaron que el fin justifica los medios, pero tú ya no te acuerdas de cuál es el fin. Tu especialidad siempre fueron los medios, y éstos deben ser contundentes, implacables, eficaces. Te metieron en el marote que estos muchachitos tan frescos, tan sanos, tan decididos (tú agregarías: y tan fanáticos), eran tus enemigos, pero a esta altura ya ni siquiera estás demasiado seguro de quiénes son tus amigos. Por lo menos sabes a ciencia cierta que el coronel Ochoa no es tu amigo. El coronel, que jamás se mancha el meñique con ningún trabajo que apeste, te considera un débil, y te lo ha dicho delante del teniente Vélez y del mayor Falero. Tú no siempre alcanzarás a comprender cómo Falero y Vélez pueden efectuar tan calmadamente un interrogatorio tras otro, sin perder nada de su compostura, sin que se les afloje un botón ni se les desacomode el peinado, negro y engominado en Falero, ondeado y pelirrojo en Vélez. La siesta te deja siempre de mal humor. Pero hoy estás especialmente malhumorado. Quizá porque Amanda te sugirió anoche, tímidamente, después de haber hecho el amor con una tensión inevitable y frustránea, “si no sería mejor que”, y tú estallaste, casi rugiste de indignación y despecho, acaso porque también pensabas lo mismo, pero a quién se le ocurría ahora pedir el retiro, algo que siempre despierta fastidiosas sospechas y aprensiones. Y además, en “época de guerra interna”, el pretexto tendría que ser tremendo, nunca menos que cáncer, desprendimiento de retina o cirrosis. Pero lo lamentable es que Amanda lo haya pensado, simplemente pensado. “Pienso en Jorgito y me da pánico”. ¿Y qué se cree? ¿Que tú vislumbras un porvenir espléndido? Y eso que ella no sabe los pormenores de cada jornada. No sabe cómo te sentiste cuando a la muchacha que cayó en La Teja hubo que irle sacando los dientes uno por uno, con paciencia y con celo. O cuando tuviste conciencia de que, al cabo de una sola sesión de trabajo, aquel obrerito mofletado había quedado listo para que le amputaran un testículo. Ella no sabe nada. Incluso a veces te comenta si será cierto lo que dicen las malas y peores lenguas: que en el cuartel tal y en el regimiento tal, arrancan confesiones mediante espantosos procedimientos. Y es increíble que te diga: “Ojalá nunca te ordenen hacer algo así. Porque, claro, tendrías que negarte, y vaya a saber qué te sucedería”. Y tú tranquilizándola como de costumbre, sin poderle confesar que cuando te lo ordenaron la primera vez ni siquiera esbozaste una tímida negativa, porque no le podías dar al coronel Ochoa ese pretexto en bandeja. Fue en esa amarga jornada cuando te jugaste tu carrera y decidiste no perder, y aunque de noche estuviste vomitando durante horas, y Amanda, al

despertarse con el fragor de tus arcadas, te preguntó qué te pasaba y tú te inventaste lo del lechón que te había sentado mal, la cosa no terminó ahí y durante muchas noches soñaste con aquel muchacho que, cada vez que comenzaba el castigo, abría la boca sin emitir sonido alguno y apretaba los ojos y ponía el pescuezo duro como una viga. Ahora piensas, claro, para qué darle más vueltas. Una vez que te decidiste, adiós. De todas maneras, tú crees que tienes motivos morales para hacer lo que haces. Pero el problema es que ya casi no te acuerdas del motivo moral, sino pura y exclusivamente de una boca que sangra o un cuerpo que se dobla. De modo que aparentemente es bastante lógico que conectes el tocadiscos y coloques en el plato una cualquiera de las sinfonías de Mózart. Hace poco, la música te limpiaba, te equilibraba, te depuraba, te ajustaba. Ahora mismo, en esa ascensión espiritual, en este brío juguetón, te alejas de las imágenes sombrías, del patio del cuartel, de los gritos desgarradores, de tu propia vergüenza. Los violines trabajan como galeotes, las violas acompañan como hembras fidelísimas, el corno interroga sin demasiada convicción. Pero no importa. Tú también a veces interrogas sin convicción, y si aplicas la picana es precisamente por eso, porque tú evoques la patria o lo putees. Mózart te gusta desde que ibas con Amanda a los conciertos del Sodre, cuando todavía no había Jorgito ni subversión, y la faena más irregular de los cuarteles era tomar mate, y por cierto qué bien lo cebaba el soldado Martínez. Mózart te gusta, no desde siempre, sino desde que Amanda te enseñó a gustarlo. Y fíjate qué curioso, ahora Amanda no tiene ganas de escuchar música, ninguna música, ni Mózart ni un carajo, sencillamente porque tiene miedo y teme atentados y vela por Jorgito, y claro a Mózart no se le puede escuchar con miedo sino con espíritu libre y la conciencia tranquila. O sea, que mejor apagas el tocadiscos. Así está bien. De todas maneras, los violines, ¿viste?, quedan sonando como un prodigio que se deteriora lentamente, tal como a veces quedan sonando en el cuartel los alaridos de dolor cuando ya nadie los profiere. Estás solo en la casa. Linda casa. Amanda fue a ver a su madre, vieja podrida y metete, apuntas. Y Jorgito no volvió aún del Neptuno. Hijito lindo, apuntas. Estás solo, y por el ventanal del living entra la soleada imagen del jardín. Ochoa estará ahora con Vélez y Falero. El coronel les da confianza nada más que para conseguir aliados contra ti. Porque te odia, claro. Nadie lo pone en duda. Puede ser que tú odies a los presos, nada más que por ellos son el pretexto de odio de Ochoa. Rebuscado, ¿no? Haces méritos y sin embargo comprendes que es inútil. Por fuerte o desalmado que seas, o parezcas, demasiado sabes que Ochoa nunca te perdonará. Porque fuiste tú el que una noche, entre interrogatorio e interrogatorio, le preguntó si era cierto que su hija “había pasado a la clandestinidad”. Se lo preguntaste con cautela, y también con un amago de solidaridad, ya que, pese a tus encontronazos con el tipo, después de todo tienes bien arraigado el

“espíritu de cuerpo”. Nunca vas a olvidarte de la mirada resentida que te dedicó, porque claro, era cierto, aquella esplendorosa piba, Aurora Ochoa, alias Zulema, había pasado a la clandestinidad y era requerida en los comunicados de las ocho, y el coronel había encontrado una frase exorcista a la que se aferraba con unción: “No me mencionen a esa degenerada; ya no es mi hija”. Sin embargo, a ti no te a dijo, y eso fue acaso lo más grave. Simplemente te taladró con la mirada, y ordenó: “Capitán Montes, retírese”. Y tú, después del saludo ritual, te retiraste. No se lo habías preguntado con mala leche, sobre todo porque te hacías cargo de lo que representaba para Ochoa el hecho (escalofriante para cualquier oficial) de que la subversión se hubiera colado en su propio hogar. Pero te borraste, y a partir de esta reculada comprendiste que mientras Ochoa estuviera al frente de la unidad, estabas liquidado. Ahora te sirves whisky, por más que no te gusta empezar tan temprano. pero no te tortures, torturador; no es posible que de una sola vez te quedes sin Mózart y sin whisky. por lo menos el whisky tiene menos exigencias que Mózart. Al menos, para disfrutar cada trago, no es imprescindible que tengas la conciencia tranquila. Más aún, mala conciencia con dos cubitos de hielo, es una bella combinación, como bien dice el capitán Cardarelli, de tu derecha, cuando se concede una tregua a medianoche, después de administrar una compleja sesión de picana en paladar, submarino seco y trompadas en los riñones. ¿Alguna vez pensaste que habría sido de ti si te hubieras negado? Claro que lo pensaste. Y tienes datos muy cercanos y esclarecedores: la brutal sanción al teniente Ramos y la humillante degradación del capitán Silva, de tu izquierda. Ellos no se animaron a hacerse cargo del trabajo mugriento, no se autorizaron a sí mismos aunque con esa decisión mandaran su carrera a la mierda. O quizá fueron simplemente decentes, vete a saber. Decentes e indisciplinados. Una pregunta por el millón: ¿Hasta dónde te llevará tu sentido de disciplina, capitán Montes? ¿A ir cancelando tu capacidad de amor? ¿A convertir tus odios en rutina? ¿Te llevará a cometer más crímenes en nombre de otros? ¿A rehuir tu imagen en los espejos? ¿Hasta dónde te llevará tu sentido de la disciplina, capitancito Montes? ¿A permitir que tu rutina agrede, hiera, perfora, fracture, viole, ampute, asfixie, inmole? ¿A lograr que cada inmolación te deje más reseco, más frío, más podrido, más inerte? ¿Hasta dónde te llevará tu sentido de disciplina, capitán, capitancito? ¿Pensaste alguna vez que el sancionado Ramos y el degradado Silva acaso puedan escuchar a Mózart, o a Troilo (o a quien se les dé en los forros), aunque sea en la memoria? Ahora que por fin ha vuelto Jorgito y se acerca a besarte, no estaría mal que pensaras en él. ¿Crees que con el tiempo tu hijo te perdonará lo que ahora ignora? A lo mejor lo quieres. A tu manera, claro. Pero tu manera también ha cambiado. Antes eras franco con él. La rígida disciplina no sólo te había inculcado el rigor, sino algo que tú llamabas, sin precisión alguna, la ver-

dad, también para ejercicios, simulacros. Cuando sorprendías a Jorgito en una insignificante mentira, descargabas en él tu cólera sagrada. Tu santísima trinidad estaba integrada por Dios, el Comandante en Jefe, y la Verdad. Muchas veces le pegaste a Jorgito porque se le había quedado a Amanda con unas miserables vueltas, o porque decía saber la tabla del siete, y no era cierto. Hace tanto, y en realidad tan poco, desde esos arranques. La subversión era todavía atendida en la órbita meramente policial, y vosotros seguís tomando mate en los cuarteles. Pero esas veces en que el botija recibió sin una lágrima las primeras trombadas de su vida, fueron, ¿te acuerdas?, inevitablemente seguidas por las primeras y frustráneas noches en que no fuiste capaz de seguir escuchando a Mózart. En una ocasión hasta perdiste la calma, y, ante el estupor de Amanda, hiciste añicos el concierto para flauta y orquesta, y como consecuencia de la rabieta hubo que reparar el Garrard. Pero hace mucho que te borraste de la verdad. La santísima trinidad se redujo a una dualidad todavía infalible: Dios y el Comandante en jefe. Y no es demasiado aventurado pronosticar desde ya la unidad final: el Comandante en jefe a secas. Ahora no le exiges, perentoriamente a Jorgito que te cuente la verdad estricta, inmaculada, despojada de adornos y disimulos, quizás porque jamás te atreverías a decirle la verdad, la escandalosamente sucia verdad de tu trabajo. Pensar, capitán Montes, capitancito, que podías haber seguido durmiendo la siesta, y en ese caso aún no habrías enfrentado (quizás tendrías que enfrentarla mañana, aunque nunca se sabe cómo funcionan en los chicos las claves del olvido) la pregunta que en este instante formula tu hijo, sentado frente a ti en la silla negra; "Pa, ¿es cierto que tú torturas?" Y tampoco te habrías visto obligado, como ahora, después de tragar fuerte, a responder con otra pregunta: "¿Y de dónde sacaste eso?", aun sabiendo de antemano que la respuesta de Jorgito va a ser: "Me lo dijeron en la escuela". Y claro, dices, mastizando cada sílaba: "No es cierto. No es cierto como te lo dijeron. Pero, hijito, tienes que comprender que estamos luchando con gente muy pero que muy peligrosa que quiere matar a tu papá, a tu mamá, y a muchas otras personas que tú quieres. Y a veces no hay más remedio que asustarlos un poco, para que confiesen las barbaridades que preparan". Pero él insiste: "Está bien, pero tú... ¿torturas?". Y de pronto te sientes cercado, bloqueado, acalambreado. Sólo atinas a seguir preguntando: "Pero ¿a qué llamas tortura?. Jorgito está bien informado para sus ocho años: "¿Cómo a qué? Al submarino, pa. Y a la picana, y al teléfono". Por primera vez esas palabras te taladran, te joden. Sientes que te pones rojo, y no tienes modo de evitarlo. Rojo de rabia, rojo de vergüenza. Intentas recomponer de apuro cierta imagen de serenidad, pero sólo te sale un balbuceo: "¿Se puede saber cuál de tus compañeritos te mete esas porquerías en la cabeza?". Pero ya lo ves, Jorgito está implacable. "¿Para qué quieres saberlo? ¿Para hacer que lo torturen?". Eso es demasiado para ti. De

pronto adviertes - no sabes exactamente si horrorizado o estupefacto - que te has vaciado de amor. Depositas sobre la alfombra marrón el vaso con el resto de whisky, y empiezas a caminar a pasos lentos y marcados. Jorgito sigue en la silla negra, con sus ojos verdes cada vez más inocentes y despiadados. Das un largo rodeo para situarte detrás del respaldo, acaricias con ambas manos aquel pescuezo desvalido, exculpado, con pelusa y lunares, y empiezas a decirle: "No hay que hacer caso hijito, la a veces es muy mala, muy mala. ¿Entiendes hijito?". Y no bien el pibe dice con cierto esfuerzo: "Pero, pa", tú sigues acariciando esa nuca, oprimiendo suavemente esa garganta, y luego, renunciando (ahora sí) para siempre a Mózart, aprietas, aprietas inexorablemente, mientras en la casa linda y desolada sólo se escucha tu voz sin temblores: "Entendiste, hijito de puta?".

Mario Benedetti. "Cuentos"

1051. EVANGELIO DE LOS MISERABLES

Catorce de diciembre. Aquel hombre estaba muerto. Avisada la policía, pronto vino la furgoneta gris de la funeraria que lo cargó en un féretro negro y lo llevó al depósito de cadáveres.

Una mancha de sangre oscura quedó sobre el suelo gris de la calle aquella; los últimos curiosos se fueron y las tiendas comenzaron a abrir. Eran las ocho y cuarto de la mañana en el barrio de Argüelles de la ciudad de Madrid.

¿Quién era? Nadie sabía nada. Se le había visto borracho perdido en el bar de la esquina la noche anterior. ¿Murió solo? ¿Murió de frío? ¿De una angina de pecho? ¡Qué más da...!

- ¿Qué desea usted, señora? ¿Patatas? ¿Cuántas?

Hace 43 años en una calle estrecha de mucho ruido y con muchos bares, había un niño, de doce meses y medio que dormía en la cuna del pasillo mientras en la alcoba grande su madre hacía el amor vendiendo su cuerpo con un señor de bigote que reía estrepitosamente, enseñando sus dientes de oro. Aquel niño molestaba poco: dormía de tirón, casi nunca se despertaba: a aquel niño se le dormía con vino.

Su niñez la pasó en un colegio del que se escapó pasando su adolescencia con su madre en el barrio chino de Barcelona. Como tantos chicos sacaba para ir al cine y a los billares de los invertidos dejándose hacer cuatro guarrerías.

Fue chulo de tres mujeres de la vida. Estuvo 28 veces en la cárcel por asuntos varios y toda su vida fue un borracho.

Amaba con delirio a los animales: posiblemente proyectaba en ellos toda la falta de cariño que acusaba su carácter.

Recibió trece palizas y dos de ellas grandes por no querer delatar a otros.

Robó para poder vivir, dado que su tara alcohólica no le permitía durar mucho en ningún traba-

jo, máxime su contextura psíquica no estaba formada en la sujeción.

Amó a una mujer con locura y por ella fue dos veces a la cárcel.

No conoció nunca la doblez ni la hipocresía ni con él mismo ni con los de su condición. Sí sabía de engaños y mentiras frente a la sociedad por la que siempre se vio rechazado y sobre todo frente a la fuerza pública; de otra manera, no hubiera podido sobrevivir.

A Dios lo conoció en el correccional cuando tenía catorce años. De El sabía que había hecho las leyes por las que se rige la sociedad y que había creado el mundo.

Siempre tuvo envidia de los casados que vivían en buenas casas e iban a misa. Y hubiera dado su mano derecha por poder trabajar y poseer lo que ellos tenían. No sabía cómo se conseguía, pues él no lograba dejar de beber y necesitaba ir con mujeres pues sí no, no soportaba la soledad que le sumía. Deseó siempre tener mucho dinero; pensaba que le amarían más y se le quitaría el miedo.

Se le murió un hijo de bronquitis capilar y penetró en la iglesia por primera vez. Estuvo media hora mirando un Sagrado Corazón de barba retocada y entre lágrimas pidió perdón; muchas veces pidió perdón: él era un ser despreciable, borracho, jugador, mujeriego... Tantas veces se lo habían repetido... Su hijito se había muerto y le dolía desde entonces la boca del estómago.

No sabía por qué se encontraba ahora llorando en aquella iglesia y pidió perdón. Se quiso confesar y aquel cura viejo, dando grandes voces, le llamó borracho.

Nunca conoció el amor de Jesucristo y murió en una calle de no sé qué barrio de Madrid.

En su tumba, en la fosa común, alguien ha dejado enterrada una piedra con una inscripción que dice: "Bienaventurados los pobres".

Kiko Argüello

1052. EL FETO

¡Qué lío! ¡Cualquier se aclara aquí! ¡Esto es un caso único! ¿Quién se hubiera podido imaginar que sería así la vida intrauterina? Aunque parezca increíble mi madre es fertilísima. Basta con decir que en estos momentos somos más de cinco mil millones de fetos en el útero de mi madre. Y que conste que éste no va a ser su primer parto.

Lo que más me llama la atención es la organización que tenemos aquí, en nuestra madre. Estamos repartidos en cinco placentas, que llamamos Europa, Asia, África, América y Oceanía. Naturalmente, cada placenta tiene, según sus necesidades, su propio régimen de vida. A su vez, dentro de cada placenta, tenemos otras divisiones que nos sirven, no para desunirnos, sino para hacer más cómoda y factible la vida y para lograr un mayor equilibrio psicológico en el que sin duda influye el rinconcito que nos es más próximo. Toda la organización es perfecta.

A pesar de lo complicado de la gestación, cada placenta tiene más de lo que necesitan para vivir todos esos seres en proyecto que son ya desde ahora mis hermanos, sin tener que esperar al parto.

A mi madre le llamamos Naturaleza. es hermosísima. No me extraña que mi padre se casara con ella. Y que conste que mi madre es sólo un reflejo de lo que es mi padre. Pues mi padre es todavía mil veces mejor, si es que se pueden comparar.

Mi madre lo tiene todo. Desde una belleza fenomenal hasta un complicado sistema, que ninguno de nosotros entendemos del todo, y que sirve, a través de ese cordón umbilical, para darnos alimento y toda una serie de sensaciones que son imposibles de explicar.

Mi madre no nos puede hablar directamente. Introducidos en esta bolsa de líquido amniótico y recubiertos por estas membranas no la podríamos oír. Además, nosotros no entendemos todavía su lenguaje. Dicen que al poco de nacer aprenderemos también nosotros ese idioma. De todas formas, no creo que aquí nos sea necesario para escucharla, comprenderla y amarla. No sabría decir cómo, pero hay momentos en que nos llega aquí, a este útero, y en concreto a cada uno de nosotros, unas sensaciones que son de ella y que estoy seguro que tratan de decirnos algo, aunque no siempre las entendemos.

A mi padre no le conozco. Ninguno de los que estamos aquí le conoce. Mi madre siempre nos habla de él a través de esas sensaciones. Pero verle, lo que es verle, no lo he conseguido nunca. Pero no me preocupa, porque sé que él ha sido quien me ha dado esta vida a través de su unión con mi madre y porque sé que, nada más nacer, me estará esperando con los brazos abiertos. Además, no me importa no haberle visto nunca, aunque tengo muchas ganas, porque ya me hago una idea con lo que dice mi madre y con lo que veo en mis hermanos, pues todos nos parecemos mucho a él por eso del código genético.

Mis hermanos son pequeñitos y feos. Supongo que yo también lo seré. Estamos siempre con la cabeza para abajo. Debe ser para llevar la contraria a nuestros padres. Pero yo les quiero mucho a mis hermanos, porque, aunque seamos tan poca cosa, es cierto que buscamos lo mejor, aunque nos equivoquemos por la poca luz que hay aquí, en el seno de mi madre.

La vida aquí dentro es difícil y fácil al mismo tiempo. Fácil porque tenemos todo lo que queremos, pues mi madre nos lo da todo. Difícil, porque hay un montón de virus que nos amenazan continuamente. Los más peligrosos son el virus placenterus, el acumulativus y el poderosus. Todos tenemos dentro unos cuantos virus de esos, pero lo malo es dejar que entren demasiados y que dominen el organismo total, que todavía no tiene muchas defensas. ¡Se puede llegar a nacer muerto!

No debemos tener maduro el sistema nervioso que relaciona nuestra voluminosa cabeza con

nuestras pequeñas y torpes manos, porque de otra forma no me explico cómo tenemos tantas y tan buenas ideas y tan disociadas de nuestras manitas que parecen funcionar independientemente.

Algunos hace tiempo que han olvidado que vivimos en un útero. Confunden este período de menos de trescientos días con la verdadera vida, que comienza aquí, pero que sigue por miles y miles de días. Algunos dicen que ésta es la única vida, ya que de la otra no sabemos nada. Que nuestro padre no existe... ¿Estarán enfermos? Seguro que se trata de un nuevo virus que no conocemos. Comprendo que podamos imaginarnos a nuestro padres de maneras diferentes. Pero de ahí a negarlo, a decir que no existe... Parece mentira que ahora que hemos legado casi a conocer toda la placenta, aun cuando nos quede todo el resto del cuerpo de nuestra madre, podamos dudar de si nuestro padre existe o no. ¿Habremos nacido por generación espontánea?

Lo que menos entiendo de todo es ese sistema económico que nos hemos inventado. Con el truco de que hay gente envenenada por los virus y de que hay que protegerse de ellos, los más enfermos se han construido unas pinzas con las que cierran nuestros cordones umbilicales y dicen que hay que trabajar para ellos, y que hay que estar organizados para defenderse de las demás placentas que pueden atacarnos, y que hay que elegir a alguien representativo entre nosotros para que mande, y que es preciso alimentarse no sólo del cordón umbilical sino también de otras cosas, y que... Se olvidan de que no pueden matar a nadie. Que a lo más, pueden provocar un aborto, que con las incubadoras del mundo real no son ningún inconveniente para la vida verdadera.

Lo malo es que hay gente que les cree, que hay gente que les sigue, que hay gente que les teme. Y ahora sí que hay que salvar a éstos, para impedir que nuestro padre se enfade si nacemos solos habiendo olvidado a todos estos hermanos engañados y confundidos. Hay que salvar a éstos que son nuestros hermanos. Hay que organizarse y luchar contra estos enfermos para que se den cuenta de que están equivocados, para que podamos vivir en paz como verdaderos hermanos todos y para que ellos mismos sanen y no nazcan muertos por esos virus.

Hay hermanos míos que están francamente mal. Ya sé que al nacer vivirán plenamente felices y libres, pero tampoco podemos quedarnos inactivos con esta seguridad de la plenitud del nacimiento. Aquí hay que empezar a vivir esa libertad y felicidad, no sólo de cada uno, sino de todos.

Otros se olvidan de que sólo somos unos fetos en camino hacia el parto y se dedican a vivir lo mejor que pueden, sin importarles fastidiar y abusar de sus hermanos, incluso aprovechándose de sus cordones umbilicales. Para hacer esto, se valen del engaño y de la fuerza. Tienen unos aparatos que llaman armas y que, en

realidad, sólo sirven para provocar un aborto que llegará antes a ver la luz.

Pero ya sabemos que el parto es doloroso. Que es un cambio muy grande en la forma de vivir. Ya no percibiremos todo directamente de nuestra madre. El mismo momento del nacimiento es a veces muy doloroso: el cordón umbilical es cerrado totalmente y hay que abrir por primera vez los ojos, y respirar con fuerza con nuestros pulmoncillos. Y esto, al ser la primera vez, debe costar. Pero ¡vaya si merece la pena! ¡Por fin somos humanos y no sólo fetos!

Por esto, porque por el miedo sólo nos fijamos en la oscuridad del nacimiento, algunos les temen a estas armas y se convierten así en esclavos de sus poseedores. Luego bastan unas cuantas mentiras y el dinero (que es sólo otra mentira) para que esos fetos dejen de ser tales y se conviertan en robots.

Otros se dan cuenta del problema. Quieren luchar en favor de sus hermanos más necesitados, pero también se olvidan de que estamos en una vida intrauterina y caen en los mismos defectos de los explotadores: el engaño y la fuerza. E incluso en los sitios donde han vencido no hacen sino lo mismo que los anteriores explotadores.

La gran mayoría no sabe qué hacer. Tratan de vivir lo mejor que puede. En el fondo, hacen el juego a los explotadores, que hasta pueden permitirse votaciones para ver si hay que cambiar algo, ya que éstos están tan engañados que sólo son capaces de ver pequeños detalles, sin ver los grandes errores en donde estamos cayendo.

Después de esto, ¿quién puede sentirse aquí plenamente feliz y lleno de esperanza en la justicia y en la hermandad en que debiéramos vivir? Yo estoy convencido de que la única manera de ser felices, de hacer felices a nuestros padres y a todos los que vivimos en este útero es el siguiente:

Primero, ser conscientes de dónde y cómo estamos.

Segundo, comprometernos en grupo a cambiar radicalmente esto, empezando a cambiar por nosotros mismos.

Tercero, haciéndolo en grupo. Solos no, porque es demasiado duro y difícil para combatir en solitario.

Y cuarto, empezar a luchar con todas nuestras fuerzas, esperando el momento del parto, en que lleguemos a ver a nuestros padres tal y como son.

1053. HISTORIA DE HOMBRES EN MOVIMIENTO MACABRO

Sólo el alba se movía en la quietud de aquel pequeño patio de prisión, el alba que traía la muerte al joven republicano que se enfrentaba con el pelotón de ejecución. Los preparativos habían terminado. El grupito de oficiales se habían he-

cho a un lado para presenciar el final, y ahora la escena era tensa y silenciosa.

Hasta el último momento, los rebeldes habían esperado que llegara el indulto del Cuartel General, porque aunque el condenado era un enemigo de su causa, había sido en el pasado una figura popular en España, un brillante humorista que había contribuido generosamente a la diversión de sus compatriotas.

El oficial que mandaba el pelotón de ejecución lo conocía personalmente. Habían sido amigos antes de la guerra civil. Juntos se habían licenciado en la Universidad de Madrid. Juntos habían trabajado para derrocar a la monarquía y al poder de la Iglesia. Y juntos se habían divertido, habían discutido por las noches alrededor de una mesa de café, habían reído y bromeado, habían disfrutado noches de discusiones metafísicas. A veces habían debatido la dialéctica de gobierno. Entonces, sus discrepancias teóricas eran amistosas, pero ahora esas discrepancias habían provocado sufrimiento y conmociones a toda España y habían traído a su amigo a morir ante el pelotón de fusilamiento.

Pero ¿por qué pensar en el pasado? ¿Por qué razonar? Desde que había comenzado la guerra civil, ¿para qué servía la razón? En el silencio del patio de la cárcel, esas preguntas corrían febrilmente por la mente del oficial.

No. Debía olvidar el pasado. Sólo el futuro importaba. ¿El futuro? Un mundo en el que le faltarían muchos viejos amigos.

Esa mañana se habían encontrado por primera vez desde el comienzo de la guerra. Pero no habían hablado una sola palabra. Sólo una ligera sonrisa de reconocimiento pasó entre ellos, mientras se preparaban a marchar hacia el patio de la cárcel.

Desde las sombras, las luces plateadas y rojas del amanecer asomaron sobre el muro de la prisión y alentaron un silencioso réquiem, con el mismo ritmo de quietud del patio, un ritmo que pulsaba en silencio, como el latido de un corazón. Surgiendo de ese silencio, la voz del oficial de mando resonó contra los muros de la prisión. “¡Atención!”.

Al oír aquella orden, seis subordinados colocaron firmes sus rifles al costado y se cuadraron. La unidad de su acción fue seguida por una pausa, en la que se daría la próxima orden.

Pero en esa pausa sucedió algo, algo que rompió el ritmo. El condenado tosió y aclaró su garganta. Esa interrupción rompió la continuidad del procedimiento.

El oficial se volvió, esperando que el prisionero hablara, pero éste no dijo nada. Volviéndose nuevamente hacia sus hombres, estuvo a punto de dar la próxima orden, pero una súbita rebelión se apoderó de su cerebro, una amnesia psíquica que dejó su mente en blanco. Quedó desconcertado frente a sus hombres. ¿Qué sucedía? La escena en el patio de la prisión no tenía sentido. Vio esa escena objetivamente: un hombre, con la espalda contra la pared, enfren-

tado a otros seis. Y el grupo, allí a su lado, qué tonto parecía, como una hilera de relojes que súbitamente hubieran dejado de funcionar. Nadie se movía. Nada tenía sentido. Algo estaba mal. Debía ser un sueño y él debía despertarse.

Confusamente, su memoria volvió. ¿Cuánto tiempo había estado parado allí? ¿Qué había sucedido? Ah, sí, había dado una orden, pero ¿cuál debía ser la próxima?

Después de “¡Atención!”, venía la orden “¡Presenten armas!”, después de eso “¡Apunten!” y después “¡Fuego!”. Un vago concepto de esto permanecía en el fondo de su mente, pero las palabras necesarias parecían muy lejanas... vagas, ajenas.

En este dilema, gritó de forma incoherente, con palabras confusas que no tenían sentido. Pero, para su alivio, los hombres presentaron armas. El ritmo de su acción se comunicó a su cerebro y gritó nuevamente. Ahora los hombres apuntaron.

Pero, en la pausa que siguió, unos pasos apresurados llegaron al patio de la cárcel. El oficial sabía que significaban un indulto. Instantáneamente su mente se aclaró. “¡Deteneos!”, gritó frenéticamente al pelotón.

Seis hombres mantenían apretados sus fusiles apuntados. Seis hombres estaban apretados por el ritmo. Seis hombres que, cuando oyeron el grito de detenerse, dispararon.

Charlie Chaplin

1054. LA HISTORIA DE LA HUMANIDAD

El planeta tierra empezó a existir hace 460.000 millones de años. Si condensamos este inconcebible espacio de tiempo algo más comprensible, podemos comparar la Tierra a una persona de 46 años de edad.

Nada se sabe acerca de los siete primeros años de la vida de esa persona, y mientras que sólo disponemos información muy dispersa de su edad media, sabemos que sólo a los 42 años empezó la Tierra a florecer.

Los dinosaurios y los grandes reptiles no aparecieron hasta hace un año, cuando la persona contaba con 45 años. Los mamíferos llegaron sólo hace ocho meses y hacia la mitad de la semana pasada, simios semejantes a hombres evolucionaron hacia hombres semejantes a simios. Durante el último fin de semana, la última glaciación envolvió la Tierra.

El hombre moderno ha existido desde hace cuatro horas. Durante la última hora ha descubierto la agricultura. La revolución industrial empezó hace un minuto. Durante esos sesenta segundos de tiempo biológico, el hombre ha hecho un basurero de un paraíso.

Se ha multiplicado hasta proporciones de plaga, ha causado la desaparición de quinientas especies animales, saqueado el planeta en busca de combustibles. Y ahora se encuentra como un bruto, recreándose con los espantosos resulta-

dos de su rápida escalada por alcanzar el dominio, al borde de una guerra que acabe con todas las guerras y destruir así eficazmente este oasis de vida en el Sistema Solar.

Green Peace

1055. LA HISTORIA DE UN DÍA

Una vez, a medianoche, los hombres tuvieron el mundo a su disposición. Durante mucho tiempo, habida cuenta de lo que sabemos, permanecieron muy tranquilos: durante la mañana y la tarde de ese día se limitaron a vagabundear en pequeños grupos, a cazar animales con lanzas y flechas, a refugiarse en cavernas y a vestirse con pieles. Hacia las seis de la tarde empezaron a aprender algo sobre semillas y agricultura, sobre el pastoreo y cosas semejantes. Hacia las siete y media se habían establecido esas grandes ciudades, en especial, en Egipto y la India y en los países comprendidos entre las dos naciones.

Después llegó Moisés que partió a la búsqueda de la tierra prometida, a las nueve menos cuarto. Tras él vinieron Buda en la India, Sócrates en Grecia y Confucio en China, que se juntaron y se fueron todos juntos, sin llegar a conocerse, hacia las diez y diez. En torno a las diez y media pareció Cristo, algo después de la Gran Muralla China y de Julio César. A las once fue el momento de Mahoma.

Hacia las once y media surgieron las primeras grandes ciudades en Europa del norte. A partir de las doce menos cuarto los hombres salieron de estas grandes ciudades y saquearon el resto del mundo por doquier. Primero expoliaron América del Norte y del Sur, luego la India y, finalmente, cuando sólo faltaban cuatro minutos para la media noche, le llegó el turno a África.

Dos minutos antes de la medianoche se desencadenó una gran guerra entre ellos, a la que siguió otra semejante sólo cincuenta segundos después.

En el último minuto del día esos hombres del norte de Europa fueron expulsados de la India, de África y de muchos otros países, pero no de Norteamérica, donde se habían instalado de forma estable. En ese último minuto, además, inventaron las armas nucleares, desembarcaron en la Luna, fueron responsables de, prácticamente, doblar la población mundial y consumieron más petróleo y metales de los que se habían utilizado en las precedentes veintitrés horas y cincuenta y nueve minutos.

Volvió a ser medianoche, el inicio de un nuevo día.

1056. EL HOMBRE DE LAS MANOS ATADAS

Érase una vez un hombre como todos los demás. Un hombre normal. Tenía cualidades positivas y negativas. No era diferente.

Una vez llamaron repentinamente a su puerta. Cuando salió, se encontró con sus amigos. Eras varios y habían venido juntos.

Sus amigos le ataron las manos. Después le dijeron que era mejor así: que así, con las manos atadas, no podría hacer nada malo (se olvidaron de decirle que tampoco podría hacer nada bueno).

Y se fueron, dejando un guardián a la puerta para que nadie pudiera desatarle.

Al principio se desesperó y trató de romper las ligaduras. Cuando se convenció de lo inútil de sus esfuerzos, intentó, poco a poco, acomodarse a la nueva situación. Poco a poco, consiguió valerse para seguir subsistiendo con las manos atadas. Inicialmente, le costaba hasta quitarse los zapatos. Hubo un día en que consiguió liar y encender un cigarrillo. Y empezó a olvidarse de que antes tenía las manos libres...

Pasaron muchos años. El hombre llegó a acostumbrarse a sus manos atadas. Mientras tanto, su guardián le comunicaba, día tras día, las cosas malas que hacían en el exterior los hombres con las manos libres (se le olvidaba decirle las cosas buenas que hacían en el exterior los hombres con las manos libres).

Siguieron pasando los años. El hombre llegó a acostumbrarse a sus manos atadas. Y, cuando su guardián le señalaba que, gracias a aquella noche en que entraron a atarle, él, el hombre de las manos atadas, no podía hacer nada malo (no le señalaba que tampoco podía hacer nada bueno), el hombre comenzó a creer que era mejor vivir con las manos atadas... Además, ¡estaba tan acostumbrado a las ligaduras!

Pasaron muchos, muchísimos años... Un día, sus amigos sorprendieron al guardián, entraron en la casa y rompieron las ligaduras que ataban las manos del hombre.

- Ya eres libre - le dijeron.

Pero habían llegado demasiado tarde. Las manos del hombre estaban totalmente atrofiadas.

Bertolt Brecht

1057. EL HOMBRE QUE TODO LO PODÍA

Había una vez un hombre que lo podía todo.

No sé si era un hombre del tiempo en que las magias eran verdaderas o un hombre que llegó a conseguir todo lo que el condición terrena se puede alcanzar. Su nombre era simplemente el-hombre-que-todo-lo-podía.

Cierto día, el-hombre-que-todo-lo-podía se cansó del tráfico de su metrópoli y buscó lugares solitarios para poder oír el silencio y gozar de la tranquilidad de estar parado. Pasados algunos días, comenzó a reflexionar y con la reflexión vino la turbación. Se dio cuenta de que no estaba parado en absoluto. Se encontraba girando a una velocidad de 1.700 km. por hora, pues ésta es la velocidad con que gira la tierra sobre su eje. Se cansó de la tierra, que lo arrastraba todo irresistiblemente.

Como era el-hombre-que-todo-lo-podía, resolvió abandonar el suelo terrestre y situarse por en-

cima de él, más allá de la estratosfera, en el tranquilo silencio de su satélite. Corría mucho; pero, al menos, giraba sobre su eje a una velocidad inferior a la de la tierra. Pero cierto día se sobresaltó su corazón. Se percató de que nada había conseguido en su huida. En realidad estaba girando junto con la tierra y con todos los seres que se hallan bajo su campo de atracción, a 107.000 km. por hora alrededor del sol.

Ideó una solución que le iba a garantizar su tranquilidad. Decidió salirse totalmente de la órbita terrestre. Y fijó su morada más allá de la órbita de Júpiter. Allí iba a estar, por fin, libre de la asfixiante velocidad de la tierra. Pero al poco tiempo volvió a sentirse súbitamente preocupado. Pese a haberse alejado mucho de la tierra, no había logrado todavía huir del sol. Con el sol y todos los demás planetas del sistema solar, se encontraba girando a 774.000 km. por hora en torno al centro de nuestra galaxia.

Como era el el-hombre-que-todo-lo-podía, decidió trasladarse fuera de nuestro sistema solar. Buscó otros parajes cósmicos. Se instaló allí, tan lejos y tan tranquilo, que le importaba muy poco saber en qué sistema estaba situado. Por lo menos estaba fuera de las vertiginosas velocidades del sistema solar.

Pero cierto día tropezó con un dato que le quitó por completo la tranquilidad que había encontrado. estaba, efectivamente, girando a una velocidad de locura, 2.172.000 km. por hora, acompañando a nuestra galaxia en un viaje en torno al centro de un conjunto de 2.500 galaxias vecinas.

Se enfureció. Intentó todo lo que podía (no olvidemos que se llamaba el el-hombre-que-todo-lo-podía); se puso a andar en sentido inverso al movimiento de la galaxia, despacio, muy despacio. Con relación a la velocidad exorbitante de los demás podía sentirse verdaderamente parado.

Pero cierto día enmudeció aterrorizado e impotente. Se dio cuenta de algo terrible, para su tranquilidad: integrado en el conjunto de todos los cuerpos celestes (tierra, sol, galaxias, conjunto de galaxias) estaba corriendo, o mejor, huyendo, a una velocidad de 579.000 km. por hora, de un punto del espacio donde, muy probablemente, todos los cuerpos celestes tuvieron su origen en una gigantesca explosión ocurrida diez mil millones de años antes.

El-hombre-que-todo-lo-podía, repentinamente, intuyó que no podía más. Por más que huyera, no huía suficientemente. Estaba llevado por algo mayor que él, que lo envolvía. Buscar la tranquilidad significaba perderla.

Y el-hombre-que-todo-lo-podía renunció a su nombre y a sus pretensiones. Regresó humildemente a su tierra y, una vez en ella, tomó a su casa. Se sentó tranquilamente en su balcón y aprendió a contemplar con tranquilidad las cosas que, a pesar de las velocidades a que estaban sometidas, no se alborotaban ni se enfurecían, sino que estaban como paradas en su serena tranquilidad y en la tranquila serenidad de

una naturaleza muerta. Aceptar y acoger la velocidad era encontrar la tranquilidad. Era encontrar la gracia de todas las cosas.

Leonard Boff. "Gracia y liberación del hombre".
p. 290

1058. EL INQUISIDOR

Estamos en Sevilla en el siglo XVI. Acaba de celebrarse un gran auto de fe, en el que han sido quemados cerca de cien herejes. De pronto, en medio de la multitud, aparece Jesús. El pueblo lo reconoce en el aspecto de su rostro. A su paso, la gente llora, y cae de rodillas. Cura a un anciano y ciego y resucita a una niña, ante el estupor y la conmoción de todos. En aquel momento, delante de la catedral aparece el Gran Inquisidor. Se detiene, contempla la escena y comprende instantáneamente lo que está sucediendo. Entonces ordena a la guardia que detengan a Jesús. Por la noche, el Cardenal Inquisidor se presenta en la cárcel. Y dice a Jesús que guarda silencio:

“¿Por qué has venido a estorbarnos?... Tú quieres irle al mundo, y le vas, con las manos desnudas, con una ofrenda de libertad que ellos, en su simpleza su innata cortedad de luces, ni imaginar pueden, que les infunde horror y espanto... porque nunca, en absoluto, hubo para el hombre y la sociedad humana nada más intolerable que la libertad. Y ¿ves tu esas piedras en este árido y abrasado desierto?. Pues conviértelas en pan, y detrás de ti correrá la humanidad como un rebaño, agradecida y dócil, aunque siempre temblando, no sea que tú retires la mano y se les acabe el pan. Pero tú no quisiste privar al hombre de su libertad, y rechazaste la proposición, porque ¿qué libertad es esa, pensaste, que se compra con pan?... Ninguna ciencia les dará pan, mientras continúan siendo libres, sino que acabarán por traer su libertad, y echarla a nuestros pies y decirnos: mejor será que nos impongáis vuestro yugo, pero darnos de comer. Comprenderán por fin, que la libertad y el pan de la tierra, las dos cosas juntas para cada uno, son inconcebibles, porque nunca, nunca sabrán ellos repartírselas entre sí. Se convencerán asimismo de que tampoco pueden ser nunca libres, porque son apocados, viciosos, insignificantes y rebeldes... Nos admirarán y nos tendrán por dioses, por habernos avenido, estando a la cabeza de ellos, a soportar la libertad que ellos temían, y señorearlos... Pero nosotros decimos que somos siervos tuyos, y gobernamos en tu nombre. Volveremos a engañarlos, porque ya no te permitiremos que te nos acerques...

Te digo que no hay para el hombre preocupación más grande que la de encontrar cuanto antes a quien entregar ese don de la libertad con que nace esta desgraciada criatura. Pero sólo se apodera de la libertad de las gentes quien tranquiliza su conciencia... Tú querías el libre amor del hombre, para que, espontáneamente, te siguiese, seducido y cautivado por ti... ¿Pero es que no pensaste que acabaría rechazando y poniendo en tela de juicio tu propia imagen y verdad, si los cargabas con peso tan terrible

como la libertad de elección?... Existen tres fuerzas, sólo tres fuerzas en la tierra capaces siempre de dominar y cautivar la conciencia de esos débiles rebeldes para su felicidad: milagro, misterio y autoridad... ¿Qué importa que ahora, por todas partes, se rebele contra nuestro poder y se ufane de su rebelión? Es la rebeldía de un niño y de un colegial... Pero el rebaño volverá a reunirse y otra vez se someterá, y ya para siempre. Entonces, nosotros les proporcionaremos la felicidad mansa, apacible de los seres apocados como ellos... Sí, nosotros les obligaremos a trabajar; pero en las horas de asueto ordenaremos su vida como un juego de niños, con infantiles canciones, coros e inocentes bailes. ¡Oh, les absolveremos de sus pecados: son débiles y sin bríos, y nos amarán como niños por consentirles pecar! Les diremos que todo pecado será redimido, si lo cometieron con nuestra venia; les permitiremos pecar porque les amamos. El castigo de tales pecados cargaremos con él... Y no tendrán secreto alguno para nosotros. Les consentiremos o les prohibiremos vivir con sus esposas y queridas, tener o no tener hijos - todos contando con su obediencia - y ellos se nos someterán con júbilo y alborozo. Los más penosos secretos de su conciencia, todo, todo nos lo traerán; y nosotros les absolveremos de todo, y ellos creerán en nuestra absolución con alegría, porque les libraré de la gran preocupación y las terribles torturas actuales de la decisión personal y libre. Y todos serán dichosos, todos esos millones de criaturas. Excepto los cien mil que sobre ellos dominen. Porque sólo nosotros, los que guardaremos el secreto, sólo nosotros seremos infelices.

1059. LA MÁQUINA Y EL CARACOL

Se celebraba la Gran Feria Internacional de la Enseñanza. Una gran cúpula de hormigón remataba el edificio que albergaba a más de 200 "stands" de diferentes países. La gran fachada repleta de banderas y la ruidosa megafonía servían de reclamo para todo tipo de visitantes. Colas interminables de niños, acompañados de sus padres o de maestros comían palomitas de maíz para matar el tiempo.

No era una feria comercial más. Allí se ofrecía la revolución más avanzada y la técnica más depurada en el campo de la pedagogía y las ciencias de la educación. Había nacido la Nueva Escuela del año 2000. La era del libro había pasado como pasó la Era de Piedra o del Bronce. Desde la "almohada mecánica" para prender soñando, la máquina "sabelotodo" con capacidad de respuesta para 62 materias diferentes y posibilidad de 40 terminales, hasta los vídeos de pulsera, los ordenadores de bolsillo...

A la entrada del recinto, dos robots daban la bienvenida y saludaban a cada visitante por su nombre, entregándoles una pequeña calculadora de energía solar. Dentro del vestíbulo una gigantesca pantalla emitía señales y coincidiendo con las señales horarias aparecía un número en pantalla mientras una dulce voz repetía "la nave espacial para el estudio de la Geografía ha co-

rrespondido al número... sírvase pasar por la planta 3ª, stand P-2747. Es un obsequio de la Panam Century Geography. Gracias".

Toda la planta segunda estaba reservada: "Sólo para maestros". Había máquinas para vigilar exámenes, correctores ópticos para corregir 42 ejercicios por minuto, ordenadores para conocer y detectar el carácter, las aficiones e intenciones de los alumnos... y la gran novedad japonesa: la "Sonyclase", máquina capaz de dar ocho clases simultáneas y resolver dificultades instantáneamente.

En un hueco debajo de un escalera, un niño, él solo había montado un pequeño tenderete con dos cajas de cerveza vacías y un hule de plástico como mostrador. Por su cuenta, intentaba desafiar a la electrónica y el secreto lo guardaba en una vieja caja de zapatos. Tenía tres caracoles. La gente curiosa se arremolinaba alrededor. Alguien preguntó:

- Niño, ¿esos caracoles son de verdad?
- Pues claro, ¿no los ve?
- ¿Y qué tienen de novedad esos animalitos?
- Mire, señora, estos animalitos, como usted dice, tienen algo que usted ni nadie se lo puede arrebatar. A las vacas se les arrebata la leche, a las ovejas la lana, a las focas se les saca la piel...
- ¿Y qué tienen los caracoles?
- TIEMPO. Mire, mire... nunca tienen prisa.

¿Qué máquina de las que allí se ofrecen es capaz de ofrecer una lección tan clara y bella?

1060. MEDITACIÓN ANTE UN CRUCIFIXO

Ya ves: en el fondo hemos aprendido bien tu lección y te perdonamos también nosotros. Y hasta te perdonamos con tu misma generosidad excusante: no sabías lo que te hacías, ¿verdad?

Ahora comprenderás que si hubieses tenido quince años más todo habría terminado bien. Habría sido más fácil llegar a un acuerdo. Y luego, hasta puede que Pilato te hubiera concedido una audiencia y hubiese designado un centurión para que te guardara las espaldas. Y, créenos, todo eso habría repercutido en mayor bien de tu pueblo.

Pero, en fin, ya pasó todo y será mejor no volver a hablar de ello. Sólo te reprochamos una cosa: que no hicieras caso a los ancianos. Ellos sabían mejor que tú que la madurez no consiste en decir no ante las cosas, sino en justificarlas. Pero... ahora que ya han pasado aquellas horas negras y el tiempo ha podido suavizar muchas asperezas, reconoce que tu actitud facilitaba bien poco las cosas.

Si hubieses sido más prudente, como te aconsejaban tus familiares (ahora comprendes que te querían bien, ¿no?), habría podido evitarse el desenlace y habrías tenido más tiempo para seguir predicando al pueblo aquellas cosas bonitas que predicabas (porque nosotros también sa-

bemos apreciarlas, ¿ves?). Habrías podido hacer más bien. Compréndelo: en la vida siempre es necesario un poco de flexibilidad. Hay que pactar, hay que renunciar a lo ideal para salvar lo posible.

Tú, en cambio... ¡en buen lío nos metiste! ¿No ves que los marxistas se aprovechan de tu imprudencia para hacer panegíricos tuyos y decir que en ti "el amor debió ser militante, subversivo", que por eso te crucificaron, que "pusiste de manifiesto lo absurdo de todas las sabidurías humanas al demostrar precisamente lo contrario del destino inexorable: la libertad, la creación, la vida"?... ¡Por favor! Comprende que todo esto nos coloca en una situación bien poco airosa y que luego nosotros nos las deseamos para ver de paliar los efectos de tu idealismo inexperto.

Pero, en fin, ya te he dicho que no tratamos de reprocharte nada. De veras tendrías que creer que nuestra disposición para un diálogo es inmejorable y que estamos seguros de que será posible llegar a un acuerdo. Sólo deberías tener en cuenta que tenemos muchos más años y más experiencia que tú.

Sé razonable. Estamos seguros de que (ahora que los años te habrían hecho reflexionar y nos darás la razón) siempre será posible un arreglo. Y sin duda que interpretaremos correctamente lo que tú harías hoy (que ya no eres tan joven) si nos limitamos a hacer de tu cruz una alhaja para nuestras jerarquías o un adorno para nuestros dormitorios.

Déjanos hacer. Ya verás cómo es para bien de todos.

J. I. González Faus. "Gritos y plegarias", p. 497

1061. EL MERCADO

"Érase una tierra muy seca y el pueblo que vivía en ella estaba en una gran necesidad de agua. No hacían más que buscar agua desde la mañana a la noche y muchos perecían porque no podían encontrarla.

Entre aquellos hombres había algunos más hábiles y diligentes que el resto, que habían incluso almacenado agua mientras los demás no habían encontrado ninguna. Estos hombres se llamaron capitalistas. Y sucedió que el pueblo fue a ellos y les pidió que les diesen, por favor, algún agua de la que tenían almacenada para poder beber, porque su necesidad era extrema. Pero ellos respondieron al pueblo:

"¡Id por ahí, pueblo estúpido! ¿Cómo os vamos a dar agua para que caigamos en la misma situación en que estáis y perezcamos con vosotros? Pero he aquí nuestra respuesta: "sed nuestros servidores y tendréis agua". Y el pueblo respondió: "Sólo pedimos que nos deis de beber y seremos vuestros siervos, nosotros y nuestros hijos." Y así fue.

Pero los capitalistas eran hombres de entendimiento y sabios en su generación. Organizaron al pueblo, que era ya siervo suyo. A algunos los pusieron a trabajar en los manantiales, a otros los emplearon en transportar el agua y a otros

los mandaron a buscar nuevas fuentes. Y toda el agua fue reunida en un mismo sitio y allí construyeron un gran depósito para guardarla. Este depósito se llamó "el Mercado".

Entonces los capitalistas dijeron al pueblo: "Por cada cubo de agua que nos traigáis para ser guardado en el depósito, que es el mercado, entendido bien, os daremos un penique; pero por cada cubo que necesitéis para beber, y que nosotros os daremos sacándolo del depósito, nos tenéis que dar dos peniques. La diferencia de precio será nuestro beneficio, teniendo en cuenta que si no fuese por este beneficio no haríamos nada por vosotros y todos pereceréis."

Esta propuesta pareció buena a los ojos del pueblo porque eran duros de entendimiento, y diligentemente se pusieron a la tarea de traer agua al depósito de los capitalistas durante muchos días; por cada cubo que ellos traían recibían un penique, pero por cada cubo que ellos necesitaban tenían que pagar dos peniques.

Y después de muchos días el depósito se llenó y rebosó, porque por cada cubo que el pueblo traía recibía tan sólo el dinero suficiente para comprar medio cubo, y debido al exceso que quedaba en el depósito, rebosó. Porque el pueblo eran muchos, pero los capitalistas eran pocos y no podían beber más que los demás. Por eso rebosó el depósito.

Y cuando los capitalistas vieron que el agua se derramaba, dijeron al pueblo: "¿No veis el depósito que se está derramando? No traigáis más agua hasta que el depósito esté vaciado. Sentaos y esperad, y tened paciencia."

DESEMPLEO

Pero cuando el pueblo no recibió los peniques que los capitalistas le daban por el agua que antes traían, no pudo comprar más agua porque no tenía con qué comprarla, y cuando los capitalistas vieron que no tenían más beneficios porque nadie les compraba agua, se preocuparon. Y entonces mandaron que fueran gritando: "Si hay alguien sediento, que venga a nuestro depósito y compre agua porque se nos está derramando." Esto lo hicieron porque se dijeron entre sí: "Los tiempos están malos; debemos anunciar nuestro producto."

Mas el pueblo respondió diciendo: "¿Cómo podremos comprar si no contratáis nuestro trabajo? Dadnos trabajo como antes y no tendremos necesidad de anunciar el producto."

Los capitalistas, sin embargo, dijeron al pueblo: "¿Cómo os vamos a contratar para traer agua cuando el depósito ya está rebosando? Comprad agua primero y cuando se vacíe por vuestras compras, os contrataremos otra vez."

Y así sucedió que porque los capitalistas no los contrataron más, el pueblo no pudo comprar el agua que él mismo había traído antes al depósito; y porque el pueblo no pudo comprar más agua, los capitalistas no lo volvieron a contratar para traer agua.

Entonces se dijo: “Estamos en una crisis económica.”

La sed del pueblo era grande, porque ahora no sucedía como en tiempos de sus antepasados, cuando la tierra estaba abierta a todo el que quisiera buscar agua, sino que los capitalistas se habían apoderado de todas las fuentes, de todos los manantiales, de los pozos y de todas las vasijas que contenían agua, de modo que nadie podía conseguir agua fuera del depósito, que era el mercado. Y el pueblo murmuró contra los capitalistas y dijo: “Mirad, el depósito está rebosando y nosotros nos morimos de sed. ¡Dadnos agua para que no perezamos!”

Pero los capitalistas dijeron: “No. El agua es nuestra. No beberéis de ella a no ser que compréis con peniques.” Y lo confirmaron con juramento, diciendo después de este ademán: “El negocio es el negocio.”

No obstante, los capitalistas estaban preocupados porque el pueblo no compró más agua y ellos no consiguieron más beneficios. Entonces hablaron entre sí diciendo: “Parece que nuestros beneficios han impedido nuevos beneficios, y a causa de los beneficios que hemos hecho no podemos hacer más beneficios. ¿Cómo es que nuestros beneficios se han convertido en perjuicio para nosotros y nuestras ganancias nos han hecho pobres? Mandemos a buscar a los adivinos para que nos interpreten esto.” Y mandaron a buscarlos.

LOS ADIVINOS eran hombres versados en el arte de hablar con oscuridad y se unieron a los capitalistas por causa del agua, de modo que pudieran beber ellos y sus hijos. Y hablaron al pueblo en favor de los capitalistas y fueron sus embajadores viendo que aquéllos no eran fáciles de ser entendidos ni hábiles para hablar. Y los capitalistas exigieron de los adivinos que les interpretasen esto: ¿Por qué el pueblo no compraba más agua siendo así que el depósito estaba lleno? Varios de los adivinos respondieron y dijeron: “Es exceso de stock acumulado.” Otros dijeron: “Es a causa de la superproducción.” Y otros afirmaron: “Quita de ahí, todo ha sucedido a causa de las manchas del sol.” Todavía otros respondieron: “La razón no es la superproducción ni las manchas del sol, sino la falta de confianza.”

TRANQUILIDAD

Y mientras los adivinos discutían entre sí, según su costumbre, los capitalistas se fueron quedando dormidos, y se durmieron, y cuando se despertaron dijeron a los adivinos: “Ya está bien. Nos habéis hablado de un modo confortable. Así pues, id y hablad también confortablemente al pueblo de modo que pueda descansar y nos deje a nosotros en paz.”

Pero los adivinos, aunque eran los hombres de la ciencia lúgubre - así eran llamados por algunos -, no querían acercarse al pueblo, temiendo ser apedreados, porque el pueblo no los amaba. Y dijeron a los capitalistas:

“¡Maestros! Es un misterio de nuestro arte que si los hombres están satisfechos y no sedientos, si están descansados, entonces encuentran confort en nuestras palabras, como vosotros. Pero si están sedientos y con el estómago vacío, no encuentran placer en nuestros discursos, sino que se mofan de nosotros. Porque parece que a no ser que el hombre esté satisfecho, toda nuestra sabiduría es para él una tontería.”

Pero los capitalistas dijeron: “Tenéis que ir adelante. ¿Por ventura no sois nuestros hombres para servirnos de embajadores?”

HAMBRE COMO EFECTO DE LA ABUNDANCIA

Y los adivinos fueron al pueblo y le descubrieron el misterio de la superproducción y cómo era necesario que muriesen de sed porque había demasiada agua, y cómo no había agua suficiente para todos precisamente porque había demasiada. Y del mismo modo les hablaron acerca de las manchas del sol, y de cómo todo esto había sucedido por razón de la falta de confianza. Y acaeció como los adivinos habían dicho: que toda aquella sabiduría pareció al pueblo una tontería. Y el pueblo los injurió diciendo: “Idos de aquí, cabezas calvas! ¿La escasez va a venir de la abundancia?” Y tomó piedras para apedrearlos.

Y cuando los capitalistas vieron que el pueblo continuaba murmurando y no hacía caso de los adivinos, temiendo al mismo tiempo que viniese al depósito y tomase el agua por la fuerza, enviaron a ciertos hombres santos (que eran falsos sacerdotes) para decirles que se mantuviesen pacíficos y no perturbasen a los capitalistas a causa de su sed. Y estos hombres santos (que eran falsos sacerdotes) aseguraron al pueblo que aquella aflicción había sido enviada por Dios para salvación de sus almas, y que si la llevaban con paciencia y no se dejaban arrastrar por la codicia del agua, no molestaban a los capitalistas, sucederá que, cuando exhalasen el último suspiro, irían a un país donde no habría capitalistas y sí abundancia de agua.

Por supuesto que también había verdaderos profetas de Dios que tuvieron compasión del pueblo y no hablaron en favor de los capitalistas, sino que hablaron constantemente en contra de ellos.

CARIDAD

Ahora bien, cuando los capitalistas vieron que el pueblo aún murmuraba y no se apaciguaba por las palabras de los adivinos ni por las de los falsos sacerdotes, recapitaron y metieron las puntas de sus dedos en el agua que se derramaba del depósito y los humedecieron, después dejaron caer las gotas de agua del extremo de sus dedos sobre el pueblo que se agolpaba alrededor del depósito, y el nombre de las gotas de agua era “Caridad”, y eran extremadamente amargas.

LAS FUERZAS

Pero viendo los capitalistas otra vez que el pueblo aún no se había calmado, sino que se enfu-

recía más y se congregaba cerca del depósito como si quisiera tomar el agua por la fuerza, se reunieron en consejo y llamaron a los más privilegiados entre el pueblo, a los que habían sido diestros en la guerra; los tomaron aparte y hablaron hábilmente a ellos y les dijeron:

“Venid; ¿por qué no compartís vuestra suerte con la nuestra? Si queréis ser nuestros hombres y servirnos contra el pueblo para que no tome el depósito por la fuerza, tendréis abundancia de agua y no pereceréis vosotros y vuestros hijos.”

Y los hombres fuertes, y los que habían sido diestros en la guerra escucharon estas palabras y sufrieron al verse persuadidos, pero su sed les empujaba y se fueron con los capitalistas y se convirtieron en sus ayudantes, y tomaron en sus manos palos y espadas, y defendían a los capitalistas, hiriendo al pueblo cuando se agolpaba junto al depósito.

LUJO Y DISPENSO

Y después de muchos días el agua bajó de nivel en el depósito porque los capitalistas hicieron surtidores y piscinas para bañarse ellos, sus mujeres y sus hijos, y así desperdiciaron el agua para procurarse placer.

Y cuando los capitalistas vieron que el depósito estaba vacío, dijeron: “La crisis ha terminado.” Y mandaron llamar al pueblo y lo contrataron para que trajese agua y llenase otra vez el depósito. Por cada cubo de agua que el pueblo traía al depósito recibió un penique, pero por cada uno que los capitalistas sacaban para darlo al pueblo recibían dos peniques; porque es claro que debían tener un beneficio. Y sucedió que, después de un cierto tiempo el depósito volvió a rebosar como antes.

LOS AGITADORES

Ahora bien, después que el pueblo había llenado muchas veces el depósito hasta rebosar y había padecido sed mientras el agua era malgastada por los capitalistas, sucedió que se levantaron en aquella tierra unos hombres que fueron llamados agitadores porque incitaron al pueblo. Les hablaron diciendo que deberían asociarse y entonces no tendrían necesidad de ser esclavos de los capitalistas y no volverían a tener sed. A los ojos de los capitalistas, estos sujetos estaban en lo cierto y con gusto los hubieran crucificado, pero temieron al pueblo y no lo hicieron.

SU MENSAJE

Y las palabras que los agitadores hablaron al pueblo eran éstas:

¿Hasta cuándo vais a ser engañados por una mentira, pueblo insensato, y vais a creer como verdadero lo que no es, para vuestro perjuicio? Porque todas las cosas que os han dicho los capitalistas y los adivinos son fábulas inventadas astutamente. Y lo mismo esos hombres santos que os han dicho que la voluntad de Dios es que seáis siempre pobres y miserables y sedientos, entendedlo bien, esos blasfeman de Dios y son unos mentirosos, y Dios les juzgará

duramente, aunque perdone a muchos otros. ¿Por qué no podéis conseguir el agua del depósito? ¿No es porque no tenéis dinero? ¿Y por qué no tenéis dinero? ¿No es porque no recibís sino un penique por los cubos que lleváis al depósito, y tenéis, en cambio, que pagar dos por los que retiráis, de modo que los capitalistas se quedan con el beneficio? ¿No veis que de este modo el depósito rebosa necesariamente? ¿No veis que cuanto más duramente os afanáis y más diligentemente busquéis y traigáis el agua peor es para vosotros?”

Los agitadores hablaron al pueblo de este modo durante muchos días, pero nadie les hizo caso. Finalmente, llegó un momento en que el pueblo les escuchó y les respondió diciendo:

“Decís la verdad. A causa de los capitalistas y sus beneficios no conseguimos el fruto de nuestro trabajo. Así nuestro esfuerzo es vano y cuanto más nos esforzamos en llenar el depósito antes rebosa. De este modo no recibimos nada, precisamente, porque hay demasiado, según nos dijeron los adivinos. Pero tened cuidado, porque los capitalistas son hombres duros y sus misericordias son crueles. Decidnos si conocéis algún camino seguro para podernos librar de la servidumbre. Si no conocéis ese camino, idos en paz y dejadnos tranquilos para que, por lo menos, podamos olvidar nuestra miseria.”

Y los agitadores respondieron: “Conocemos el camino.” El pueblo les contestó: “No nos engañéis. Estas cosas han sucedido siempre, y nadie hasta ahora ha encontrado un camino de salvación, aunque muchos lo han buscado cuidadosamente con lágrimas. Pero si es verdad que conocéis el camino, hablad prontamente.”

EL REMEDIO

Entonces los agitadores hablaron al pueblo del camino y dijeron:

“¿Qué necesidad tenéis vosotros de esos capitalistas para que les deis el fruto de vuestro trabajo? ¿Qué grandes cosas hacen ellos para que tengáis que pagarles este tributo? Sólo porque os organizan y os mandan ir y venir y os señalan la tarea, y luego os dan un poco del agua que vosotros habéis traído, y no ellos. ¡Aquí tenéis el camino para salir de esta servidumbre!

Haced vosotros mismos lo que hacen ahora los capitalistas: la organización de vuestro trabajo y la división de vuestras tareas. Así no tendréis necesidad de ellos y no les daréis más beneficios, sino que todo el fruto de vuestro trabajo lo repartiréis como hermanos, recibiendo cada uno lo mismo. Así el depósito no rebosará hasta que estén todos satisfechos y nadie pida más. Y después de esto, con el sobrante, podréis construir surtidores y piscinas con peces para deleite vuestro, como antes hicieron los capitalistas, pero ahora será para todos.”

Y el pueblo contestó: “¿Cómo podremos hacer eso, pues nos parece demasiado bueno?” Y los agitadores les respondieron:

“Escoged personas discretas que os guíen y organicen. Esas personas harán el trabajo que

hacían los capitalistas, pero ellos no serán vuestros dueños, como son los capitalistas, sino vuestros hermanos y vuestros mandatarios para hacer vuestra voluntad. Y ellos no se quedarán con los beneficios, sino que recibirán su parte como los demás. Así, en adelante, no habrá entre vosotros dueños y esclavos, sino sólo hermanos. Y de tiempo en tiempo, según las necesidades, escogeréis a otros para que les reemplacen en el trabajo de organizar vuestras tareas.”

El pueblo escuchó y creyó que era cosa buena. por otra parte, no parecía demasiado difícil, y únicamente gritaron: “Bien, sea como habéis dicho; lo haremos.”

EL FIN DE TODAS LAS COSAS:

Y los capitalistas oyeron el ruido de los gritos y lo que el pueblo decía. También lo oyeron los adivinos, e igualmente los falsos sacerdotes y los hombres hábiles en la guerra estaban defendiendo a los capitalistas. Y cuando oyeron temblaron sobremodera de modo que sus rodillas daban una contra otra; se dijeron mutuamente: “Este es nuestro fin.”

Había, sin embargo, algunos verdaderos sacerdotes de Dios vivo que no profetizaron por los capitalistas, sino que tuvieron compasión del pueblo. Y cuando oyeron su griterío y lo que decía, se alegraron con gozo grande y dieron gracias a Dios por aquella liberación.

Y el pueblo fue y puso en práctica todas las cosas que los agitadores habían dicho que se hicieran, y todo sucedió como los agitadores habían anunciado, todo conforme con sus palabras: Y nadie tuvo más sed en aquella tierra, ni tuvo hambre, ni estuvo desnudo, ni con frío, ni con ninguna otra necesidad. Y cada hombre decía a su compañero: “¡Mi hermano!” Y toda mujer decía a su compañera: “¡Mi hermana!” Porque unos con otros eran como hermanos y hermanas que vivían juntos en unidad.

Y la bendición de Dios descendió sobre aquella tierra para siempre.

Edward Bellamy

1062. LA PREHISTORIA

- Buenos días, querido maestro. ¿Qué tal? ¿Cómo está usted?

- Ya lo está usted viendo; siempre en mi taller, enfrascado en mi gran obra.

-¿Habla usted de esa obra magna, admirable que todos esperamos: “La Prehistoria”?

- En efecto; en ella estoy ocupado en estos momentos. Ya poco falta para que la dé por terminada definitivamente.

- ¿Habrá usted llegado acaso a los linderos de las épocas modernas, históricas?

- Acabo, sí señor, de poner los últimos trazos a mi descripción del período de la electricidad.

- ¿Será un interesante período ese de la electricidad?

- Es el último estado de la evolución del hombre primitivo; ya desde aquí comienza la profunda transformación que los historiadores conocen, es decir, comienza la era del verdadero hombre civilizado.

- Perfectamente, querido maestro. y ¿ha logrado usted muchas noticias de ese oscuro y misterioso período?

- He logrado, ante todo, determinar cómo vivían esos seres extraños que nos han precedido a nosotros en el usufructo del planeta. Sé, por ejemplo, de una manera positiva que estos seres vivían reunidos, amontonados, apretados en aglomeraciones de viviendas que, al parecer, se designaban con el nombre de “ciudades”.

- Es verdaderamente curioso, extraordinario lo que usted me cuenta. Y ¿cómo podían vivir así, cómo podían respirar, moverse, bañarse en el sol, gozar del silencio, sentir la sensación exquisita de la soledad? Y ¿cómo eran sus viviendas? ¿Eran todas iguales?

- No, estas casas no eran todas iguales; eran diferentes: unas mayores, otras más chicas, otras molestas y angostas.

- ¿Ha dicho usted que unas eran angostas, molestas? Y dígame usted, ¿cómo podía ser eso? ¿Cómo podía haber seres que tuviesen el gusto de habitar en viviendas molestas, estrechas, antihigiénicas?

- Ellos no tenían ese capricho, pero les forzaban a vivir de este modo las circunstancias del medio social en que vivían.

- No comprendo nada de lo que quiere decirme.

- Quiero decir que en las épocas primitivas había unos seres que disponían de todos los medios de vivir, y otros, en cambio, que no disponían de esos medios.

- Es interesante, extraño, lo que usted dice. ¿Por qué motivos estos seres no disponían de medios?

- Estos seres eran los que entonces llamaban “pobres”.

- ¡“Pobres”! ¡Qué palabra más curiosa. Y ¿qué hacían esos “pobres”?

- Esos “pobres” trabajaban.

- ¿Esos “pobres” trabajaban? Y si trabajaban, ¿cómo no tenían medios de vida? ¿Cómo eran ellos los que vivían en las casas pequeñas?

- Esos “pobres” trabajaban, pero no era por cuenta propia.

- ¿Cómo?

- Quiero decir que estos seres que no tenían medios de vida, con objeto de allegarse la subsistencia diaria, se reunían para trabajar en unos edificios que, según he averiguado, llevaban el título de “fábricas”.

- Y ¿qué iban ganado con reunirse en esas “fábricas”?

- Allí todos los días les daban un “jornal”.

- ¿Dice usted "jornal"? ¿Será éste algún vocablo de la época!

- "Jornal" es, efectivamente, una palabra cuya significación hoy no comprendemos: "jornal" era un cierto número de "monedas", que diariamente se les adjudicaba por su trabajo.

- Un momento, querido maestro. ¿Qué es esto de "monedas"?

- "Monedas" eran unos pedazos de metal redondos, que entregándolos al poseedor de una cosa, este poseedor entregaba la cosa.

- Y este poseedor, ¿no entregaba las cosas si no se le daba estos pedazos de metal?

- Parece ser que, en efecto, no las entregaban.

- ¡Eran unos seres extraños estos poseedores! ¿Y para qué querían ellos estos pedazos de metal?

- Parece ser también que cuantos más pedazos de éstos se tenía era mejor.

- ¿Era mejor? ¿Por qué? ¿Es que estos pedazos no los podía tener todo el que quisiera?

- No, no podían tenerlos todos, porque el que los tomaba sin ser suyos era encerrado en una cosa que llamaban "cárcel".

- ¡"Cárcel"! ¿Qué significa eso?

- Era un edificio donde metían a unos seres que hacían lo que los demás no querían que hicieran.

- ¿Y por qué se dejaban ellos meter allí?

- No tenían otro remedio: había otros seres con fusiles que les obligaban a ello.

- ¿Qué es esto de "fusiles"?

- Eran unas armas de que iban provistos algunos seres para matar a los demás hombres en las guerras.

- ¡Para matar a los demás hombres! Esto es increíble, querido maestro. ¿Se mataban unos a otros?

- Es cierto: le doy a usted mi palabra de honor.

- Me vuelve a dejar estupefacto. ¿Ha dicho "honor"?

- Perdona usted. Ésta es mi obsesión actual; es el punto flaco de mi libro. He repetido instintivamente una palabra que he visto desparramada en muchos documentos de la época y cuyo sentido no he logrado alcanzar. Le he explicado a usted lo que eran las "ciudades", los "pobres", las "fábricas", el "jornal", las "monedas", la "cárcel" y los "fusiles"; pero no puedo explicarle lo que era el "honor".

- Tal vez ésta era la cosa que más locuras y disparates hacía cometer a los hombres.

- Es posible...

Martínez Ruiz (Azorín). "Dinamita cerebral", p. 63

1063. LA PROFECÍA DEL JEFE SEATTLE

El jefe Seattle de la tribu Suwamish escribió en 1855 al Presidente de los Estados Unidos, George Washington, una carta respondiendo a la propuesta de compra de las tierras de la tribu.

Después de 120 años, sus palabras siguen siendo uno de los textos más estremecedores escritos en defensa de la naturaleza.

"El gran jefe de Washington manda palabras, quiere comprar nuestra tierra. El gran jefe también manda palabras de amistad y bienaventuranza. Esto es amable de parte suya, puesto que nosotros sabemos que él tiene poca necesidad de nuestra amistad. Pero tendremos en cuenta su oferta, porque estamos seguros que si no obramos así, el hombre blanco vendrá con sus pistolas y tomará nuestra tierra. El gran jefe de Washington puede contar con la palabra del gran jefe Seattle, como pueden nuestros hermanos blancos contar con el retorno de las estaciones. Mis palabras son como las estrellas: nada ocultan.

¿Cómo se puede comprar o vender el Cielo y el calor de la Tierra? Esta idea es extraña para nosotros. Si hasta ahora no somos dueños de la fresca del aire o del resplandor del agua, ¿cómo nos los pueden ustedes comprar? Nosotros decidiremos en nuestro tiempo. Cada espina de pino brillante, cada orilla arenosa, cada rincón del oscuro bosque, cada claro y zumbador insecto, es sagrado en la memoria y experiencia de mi gente.

Nosotros sabemos que el hombre blanco no entiende nuestras costumbres. Para él, una porción de tierra es lo mismo que otra; porque él es un extraño que viene en la noche y toma la tierra que necesita. La tierra no es su hermana, sino su enemigo, y cuando él la ha conquistado sigue adelante. Él deja las tumbas de sus padres y los derechos de nacimiento de sus hijos son olvidados. Su apetito devorará la tierra y dejará atrás un desierto.

La vista de sus ciudades duele en los ojos del hombre piel roja. Pero tal vez es porque el hombre piel roja es un salvaje y no entiende... No hay ningún lugar tranquilo en las ciudades de los hombres blancos. Ningún lugar para escuchar las hojas en primavera o el zumbido de las alas de los insectos. Pero tal vez es porque yo soy un salvaje y no entiendo que el ruido parece insultarme los oídos. Yo me pregunto, ¿qué queda de la vida si el hombre no puede escuchar el hermoso grito del pájaro nocturno o los argumentos de las ranas alrededor de un lago en la tarde? El indio prefiere el suave sonido del viento cabalgando sobre la superficie de un lago y el olor del viento lavado por la lluvia del mediodía o con la fragancia de los pinos. El aire es valioso para el hombre piel - roja. Porque todas las cosas comparten la misma respiración.... Las bestias, los árboles y el hombre. El hombre blanco parece que no notara el aire que respira.

Como un hombre muriendo por muchos días, él es indiferente ante la hediondez.

Si decido aceptar, yo pondré una condición: el hombre blanco deberá tratar a las bestias de esta tierra como hermanos. Yo soy salvaje y no entiendo ningún otro cambio. He visto miles de búfalos pudriéndose en las praderas, abandonados por el hombre blanco que pasaba en el tren y los mataba.

Yo soy un salvaje y no entiendo cómo el caballo de hierro que fuma puede ser más importante que los búfalos que nosotros matamos sólo para sobrevivir. ¿Qué será del hombre sin las bestias? Si todas las bestias desaparecieran, el hombre moriría de una gran soledad en el espíritu, porque cualquier cosa que le pase a las bestias también le pasa al hombre. Todas las cosas están relacionadas. Todo lo que hiera a la Tierra, también herirá a los hijos de la Tierra. Nuestros hijos han visto a sus padres humillados en la derrota. Nuestros guerreros han sentido la vergüenza. Y después de la derrota convierten sus días en tristezas, y ensuciarán sus cuerpos con comidas y bebidas fuertes.

Importa muy poco el lugar donde pasemos el resto de nuestros días (no quedan muchos). Unas pocas horas más, unos pocos inviernos más y ninguno de los hijos de las grandes tribus, que una vez existieron sobre estas tierras, o que anduvieron en pequeñas bandas en los bosques, quedarán para lamentarse ante las tumbas de una gente que una vez fue poderosa y tan llena de esperanza. Una cosa que nosotros sabemos y que el hombre blanco puede algún día descubrir. Nuestro Dios es el mismo Dios. Usted puede pensar ahora que usted es dueño de Él, así como usted desea hacerse dueño de nuestra Tierra. Pero usted no puede. Él es el Dios del Hombre. Y su compasión es igual para el hombre blanco y el hombre piel roja. Esta tierra es preciosa para Él y hacerle daño a la Tierra es amontonar desprecio a su Creador.

Los blancos también pasarán, tal vez más rápido que otras tribus. Continúe ensuciando su cama y alguna noche terminará asfixiándose en su propio desperdicio. Cuando los búfalos sean todos sacrificados, los caballos salvajes todos amansados y los rincones secretos de los bosques se llenen con el aroma de muchos hombres y la vista de las montañas se replete de esposas habladoras, ¿dónde estará el matorral? Desaparecido. ¿Dónde estará el águila? Desaparecida. es decir, adiós a lo que crece, adiós a lo veloz, adiós a la caza. Será el fin de la vida y el comienzo de la subsistencia. Nosotros tal vez entenderíamos si supiéramos qué es lo que el hombre blanco sueña; qué esperanzas le describe a sus niños en las noches largas del invierno; qué visiones le queman sus mentes para que puedan desear el mañana. Pero nosotros somos salvajes... Los sueños del hombre blanco están ocultos para nosotros y porque están escondidos, nosotros iremos por nuestro propio camino. Si nosotros aceptamos, será para asegurar la preservación que nos han prometido.

Allí tal vez podremos vivir los pocos días que nos quedan, como es nuestro deseo.

Cuando el último piel roja haya desaparecido de la Tierra y su memoria sea solamente la sombra de una nube cruzando la pradera, estas cosas y estas praderas aún contendrán los espíritus de mi gente, porque ellos aman esta tierra, como el recién nacido ama el latido del corazón de su madre. Si nosotros vendemos a ustedes nuestra tierra, ámenla como nosotros la hemos amado. Cuidenla, como nosotros la hemos cuidado. Retengan en sus mentes la memoria de esta tierra, tal como estaba cuando se la entregamos. Y con todas sus fuerzas, con todas sus ganas, consérvenla para sus hijos y ámenla, así como Dios nos ama a todos. Una cosa nosotros sabemos... nuestro Dios es el mismo Dios vuestro, esta tierra es preciosa para Él. Y el hombre blanco no puede quedar excluido de un destino común..."

1064. LA REBELIÓN DE LAS COSAS

Cuando miro al cielo y veo que las cosas no funcionan, pienso que algo está fallando. Buscamos explicaciones en todas partes... Echemos las culpas a América o a Rusia, a los curas o a los ateos, a un partido o a un sindicato... a los que no piensan como yo... pero, ¿y si en el fondo la explicación fuera más profunda?

Este mundo es como un gran reloj. Y da la impresión de que alguno de sus engranajes no funciona. Por eso señala mal la hora. Y para explicarlo me he forjado un sueño, mejor dicho, una pesadilla, y pido perdón por narrarla tal como fue en su caos de imágenes.

PRIMERA VISIÓN

El río decía a la fuente: "No, no necesito de ti". Y el río cerró su boca. Se secó y pronto no le quedó bastante agua para llorar.

La rama del cerezo decía al cerezo: "No, no necesito de tu savia". La rama cerró la boca y se secó. El rosal decía al sol: "No, no necesito de tu luz". Y el rosal no dio más que espinas. El jardinero lo cortó e hizo fuego en el claro.

Eso todavía no era muy grave, y la cara del mundo no había cambiado. Pero se multiplicaron los casos de los que se negaban a recibir. Los animales se negaban a beber y los hombres se negaban a comer. El bebé no tomaba el pecho de su madre. El obrero no usaba la máquina y hasta se negó a tomar su herramienta. La tierra dijo al sol: "Acuéstate y que no te vuelva a ver". El hombre dijo a Dios: "Ya no necesito de Ti", y luego le dijo lo mismo al hermano. Y se encontró aislado, triste, condenado a morir. La humanidad se secó sobre la tierra ennegrecida. Y el universo mismo no fue más que un inmenso estercolero.

SEGUNDA VISIÓN

Empezó por la revolución del pan. El pan decía al hombre: "Ya no quiero que me comas. Prefiero quedarme pan antes que alimentarte". El

hombre, estupefacto, le dio cinco minutos al pan para que se explicara. El pan se recogió sobre la mesa y dijo: "Estoy harto de servirte; me rebelo. Soy libre, como tú, para decir sí o no... y digo no".

Y las legumbres, y la carne y el sol y el aire, y el agua y el vino, se negaron a dejarse comer o beber. Las cosas se sustraían a los hombres y las herramientas se les caían de las manos. Cada cosa decía no a su manera. Y los hombres siguieron el movimiento. El hombre decía no a su hermano. No había más que NO sobre la tierra; NO, NO... La tierra resonaba por el estrépito de esos NO. Los NO se contestaron en formidables ecos. La rebelión era unánime. Era un desencadenamiento indescriptible de NO. Desde la negativa del mínimo de los átomos, hasta la negación gigantesca de los astros y constelaciones. La piedra se negaba a caer y la luna a lucir. Los astros perdían la capacidad de girar, el sol ya no alumbraba y las plantas se secaban en los prados. Los sabios perdían la cabeza y el presidente de la república la palabra, cada uno estaba en contra de su propia ley. Todo se negaba. La humanidad decía no a Dios. Muy pronto todo se descompuso y no quedó sobre la tierra más que un inmenso estercolero.

Yo soy el primero que me río de mis sueños, pero me gusta interpretarlos. El reloj se rompe cuando cada engranaje quiere bastarse a sí mismo y dice no.

Dios no ha dado la libertad a las cosas y cada una sigue su propia ley. La manzana siempre cae y el rosal sigue dando rosas y nunca se oculta el sol. Y si en mi pesadilla di libertad a las cosas fue para enseñarles mejor a los hombres sus propias inconsecuencias. Pues bien, el hombre es libre, el hombre es capaz de negarse... y nunca acaba de pisotear su ley, y de romper su corazón y de sabotear la creación.

Esto es un sueño, pero...

y si las cosas cumplieran su ley como tú cumples la tuya, ¿qué pasaría?

y si el panadero, el labrador, el ganadero... el albañil o el electricista... todos aquellos - miles de personas - que hacen posible que tú puedas vivir cumplieran su ley como tú cumples la tuya, ¿podrías ser libre?

y si por el contrario, cada hombre cumpliera su propia ley, y la superación, la mano tendida, la amistad substituyeran a la pereza, al rencor, al cerrarse en sí... ¿no sería la tierra nueva, el hombre libre de verdad y la vida un canto de alabanza al Creador?

1065. RE-CREACIÓN DE DIOS

Y creó Dios al hombre, a imagen de Dios los creó: hombre y mujer los creó. Y les dijo: "CRECED Y MULTIPLICAOS; DOMINAD LA TIERRA Y SOMETEDLA".

Y vio el Señor que las cosas eran buenas.

Y hubo opresiones, asesinatos, explotaciones, exterminios, injurias, humillaciones, ingratitudes,

traiciones y olvido de Dios. Y también hubo grandeza de alma, amistad, agradecimiento, perdón, hospitalidad, fraternidad, solidaridad, paciencia, tesón, sinceridad, justicia, esperanza y mirada fijas en Dios.

Y CREÓ AL HOMBRE JESUCRISTO.

Despojado voluntariamente de su rango de Hijo de Dios, en todo semejante a los hombres menos en el pecado, dio su vida por todos, fue triturado por nuestros delitos, y sus heridas nos han curado.

Por eso su Padre Dios lo resucitó. Y recreó Dios al hombre y a la mujer en Jesucristo. Y lo hizo criaturas nuevas a imagen de su Hijo. Y los alzó a la categoría de hijos suyos en su Hijo. Y vio el Señor que las cosas eran buenas.

Y hubo quienes renegaron de la fe por intereses inconfesables, y vanidad a raudales y sed de poder y obsesión de tener.

Y recreó Dios al hombre y a la mujer en Jesucristo.

Y hubo una legión de mártires, y apareció el fenómeno de los ermitaño y anacoreta, y se organizaron los catecumenados y la penitencia pública, y Benito de Nursia dio origen a una potente corriente de espiritualidad.

Y vio Dios que las cosas eran buenas.

Y hubo herejías, soberbia, intransigencia y falta de diálogo, e intromisiones de los emperadores en los asuntos de las comunidades cristianas y doblegamiento de algunos pastores al poder civil.

Y recreó Dios al hombre y a la mujer en Jesucristo.

Y surgieron los prohombres de la ortodoxia y de la libertad de las comunidades cristianas: Hilario de Poitiers, Atanasio de Alejandría, Basilio de Cesarea, Juan Crisóstomo, Ambrosio de Milán... Y pagaron con el destierro o el sufrimiento moral su lealtad a Jesucristo, a los hombres y a las comunidades.

Y vio el Señor que las cosas eran buenas.

Y hubo cismas y autoritarismo, y cruzadas contra los musulmanes, y hogueras y cárceles para los supuestos herejes, y guerra contra los partidarios de la reforma de Lutero, y marginaciones, opresiones y penas de muerte por diferencias religiosas.

Y recreó Dios al hombre y a la mujer en Jesucristo.

Y surgieron grandes campeones del ecumenismo y la unidad: Catalina de Siena, Fray Luis de León, Francisco de Sales, Dietrich Bonhoefer, el Patriarca Atenágoras y Gandhi, Juan XXIII y el doctor Ramsey...

Y vio el Señor que las cosas eran buenas.

Y hubo abandono del pueblo llano, y despotismo de los señores feudales, y compraventa de los cargos eclesiásticos, y un clero que confundió el servicio pastoral con un negocio lucrativo.

Y recreó Dios al hombre y a la mujer en Jesucristo.

Y nacieron las escuelas catedralicias y los hermanos de Francisco de Asís, y los predicadores de Domingo de Guzmán, y las devociones populares y la música sacra. Y muchos monjes dedicaron parte de sus vidas a copiar a mano libros de la antigüedad para transmitirnos la cultura y el saber del pasado. Y Gregorio VII puso en marcha una reforma valiente que le costó morir en el destierro.

Y vio el Señor que las cosas eran buenas.

Y hubo dos y tres papas a un tiempo, y se comerció con las indulgencias, y la doctrina de Lutero degeneró en multitud de confesiones y sectas, y las condenas de Roma enconaron las pasiones, y se enfrió el fervor de algunas órdenes religiosas, y se realizó el suntuoso acervo artístico del Vaticano, y se colonizaron las américas...

Y recreó Dios al hombre y a la mujer en Jesucristo.

Y hubo concilios universales que renovaron la vida de los cristianos, y nació la Compañía de Jesús, y hubo un gran movimiento misionero hacia Asia y África, y se hicieron los primeros catecismos para fieles, y se pusieron los cimientos del derecho internacional en la Universidad de Salamanca, y los nativos de América tuvieron excelentes abogados como Bartolomé de las Casas y Toribio de Mogrovejo, y Teresa de Ávila con Juan de la Cruz reformaron la Orden Carmelitana...

Y vio el Señor que las cosas eran buenas.

Y hubo miseria en el pueblo humilde, y cristianismo hipócrita en las altas clases nobles, y anticlericalismo rabioso, y una teología decadente y superficial, y fe poco profunda, y el papa que corona emperador a Napoleón Bonaparte, y algunos reyes que tienden a crear iglesias nacionales en las que ellos puedan intervenir más.

Y recreó Dios al hombre y a la mujer en Jesucristo.

Y se sentaron las bases de las libertades democrática y de los derechos humanos, y hubo hombres y mujeres de talla en lo referente al amor a Dios y a los hombres, Vicente de Paúl, Juan María Vianney, José de Calasanz, y surgieron las congregaciones religiosas entregadas a la instrucción de los niños, al cuidado de los enfermos y ancianos, al servicio de los pobres. Y el cardenal Berulle se entregó a la formación de los sacerdotes.

Y vio el Señor que las cosas eran buenas.

Y hubo industrialización con su secuelas de explotación y degradación de la persona, y fuertes convulsiones sociales, y el Índice de libros prohibidos, y muchos se lanzaron a hacer las américas, y hay hambre en plena Europa, y se trafica con los negros de África, y las metrópolis medran a costa de las colonias.

Y recreó Dios al hombre y a la mujer en Jesucristo.

Y se iniciaron los movimientos litúrgicos, teológicos, bíblicos, catequéticos. Y el marxismo hace plantearse a la Iglesia su función más característica de pregonera y difusora de la justicia y el amor. Y el padre Damián y Juan Bosco dejan un maravilloso testimonio. Y los mártires de Uganda son una inyección de savia nueva para la cristiandad del viejo continente.

Y vio el Señor que las cosas eran buenas.

Y aparecen filosofías racistas, y guerras mundiales y genocidios, y guerra fría e imperialismo, y carrera de armamentos y multinacionales, y trata de blancas y mafias, y dictadura y consumismo, y corrupción política y económica, y un Tercer Mundo cada día más engullido por el hambre, y un clero conformista, y pasividad de los seculares, y complicidad de los cristianos en estructuras injustas, y la contaminación...

Y recreó Dios al hombre y a la mujer en Jesucristo.

Y nació la Acción Católica y la Sociedad de naciones, y el obispo de Münster plantó cara a Hitler, y la doctrina socio-política de los últimos papas, y el Vaticano II, y la renovación permanente de la Iglesia y la no violencia, y el ecologismo, y el tercermundismo, y Amnistía Internacional y Justicia y Paz, y la Madre Teresa de Calcuta, y el arzobispo Oscar Arnulfo Romero, y los derechos humanos de la ONU, y las comunidades eclesiales...

Y vio el Señor que las cosas eran buenas.

Y recreó Dios al hombre y a la mujer en Jesucristo.

Y LO RECREARÁ TODAVÍA MÁS HASTA HACERLO LLEGAR A LA EDAD DE LA PLENITUD DEL RESUCITADO: EN EL MUNDO FUTURO.

Domingo Pedrosa Arés

1066. LA ROCA Y EL MAR

El mar, hecho ola, golpeaba la roca. La roca, altiva, despreciaba los golpes.

- ¿Por qué te resistes?

- ¿Por qué me golpeas?

- ¿Te hago daño?

- No, pero me ofendes.

Y la roca con su pétreo orgullo, seguía resistiendo. La ola, a veces, la acariciaba, a veces la golpeaba.

Ya la gaviota sonreía: "Siempre están con el mismo problema". Y bajaba volando y se posaba en la roca.

- Márchate, gaviota. No te apoyes en mí.

- Eres como una mujer soberbia. No te molesto. Estás hecha para los pájaros.

- Yo soy para mí.

Aquella tarde la gaviota leyó un periódico flotando en el agua: "Se va a canalizar la ría".

- Roca, vas a morir.

- Yo nunca muero.

- Te quedarás sin agua, sin peces. Sola y reseca, como un esqueleto.

- Prefiero la sequedad. Prefiero la soledad. Así no me molestará el mar.

Y el mar volvía y la azotaba de nuevo. Pero la roca, cada vez más piedra, rompía al mar haciéndolo espuma.

Vieron unas grúas en el puerto. Dragadoras, obreros, moles inmensas de piedra. La gaviota volaba y jugaba con el mar. El mar le entregaba sus peces, los pequeños. La gaviota dijo al mar:

- Van a desviarte de tu camino.

- ¿Quiénes?

- Los hombres van a canalizar la ría.

Y el mar lo sintió. Porque estaba acostumbrado a luchar contra la roca. Tendría un problema menos y un descanso más. Pero el descanso la aburría.

- Déjame en paz - le gritó la roca.

- Ten paciencia. Vengo a despedirme.

- No lo creo. Siempre vienes y vas. Volverás.

- No, no puedo.

- Voy a quedar sola.

- Era lo que querías.

- Puedo vivir sola.

- Nadie puede.

Y vinieron los hombres. Y cayeron las piedras. Trabajaron las grúas. El mar no volvió. El mar encontró otro camino. Y conoció otras rocas. Al principio echaba de menos a su roca. Pero debía moverse, golpear otras rocas, encontrar su fuerza.

La roca se fue secando. Al principio disfrutaba de su paz. Pero su soledad comenzó a aprisionarla. Ya no se posaba la gaviota. La suave humedad fue desapareciendo. Ya no podía llorar. Había quedado sin lágrimas. Las llamaba, pero no volvían.

Llamó al mar, llamó a la gaviota. Pero nadie acudía.-

Los niños iban a jugar. Colocaban pucheros viejos sobre ella. Y lanzaban piedras. Unos gamberros tiraron sobre ella un bidón de brea. La roca dejó de ver, de oír. Había muerto.

1067. SI LOS TIBURONES FUERAN PERSONAS

Si los tiburones fueran personas harían construir en el mar unas cajas enormes para los peces, con toda clase de alimentos en su interior, tanto vegetales como animales. Se encargarían de que las cajas tuvieran siempre agua fresca y adoptarían toda clase de medidas sanitarias. Si por ejemplo, un pececillo se lastimara una aleta, le pondrían inmediatamente un vendaje de modo que el pececillo no se les muriese a los tiburones antes de tiempo. Para que los peces no se entristecieran, se celebrarían algunas veces grandes fiestas acuáticas, pues los peces

alegres son mucho más sabrosos que los tristes. Por supuesto, en las grandes cajas habría también escuelas. Por ellas los peces aprenderían a nadar hacia las fauces de los tiburones que andan perezosamente tumbados por alguna parte. La asignatura principal sería, naturalmente, la educación moral del pececillo. Se les enseñaría que para un pececillo lo más grande y lo más bello es entregarse con alegría, y que todos deberían creer en los tiburones, sobre todo cuanto éstos les dijeran que iban a proveer un bello futuro. A los peces se les haría creer que este futuro sólo estaría garantizado cuando aprendiesen a ser obedientes. Los peces deberían guardarse muy bien de toda inclinación vil, materialista, egoísta y marxista; y cuando alguno de ellos manifestase tales desviaciones, los otros deberían inmediatamente denunciar el hecho a los tiburones.

Si los tiburones fueran personas, también habría entre ellos un arte, claro está. Habría hermosos cuadros a todo color de las dentaduras de los tiburones y sus fauces serían representadas como lugares de recreo donde se podría jugar y dar volteretas. Los teatros del fondo del mar llevarían a escena obras que mostrasen a heroicos peces nadando entusiastamente en las fauces de los tiburones y la música sería tan bella que a su son los peces se precipitarían fauces adentro, con la banda de música delante, llenos de ensueños y arrullados por los pensamientos más agradables. Tampoco faltaría la religión. Ella enseñaría que la verdadera vida comienza verdaderamente en el vientre de los tiburones. Y si los tiburones fueran personas los peces dejarían de ser, como hasta hora, iguales. Algunos obtendrían cargos y serían colocados encima de los otros. Se permitiría incluso que los mayores se comieran a los más pequeños. Eso sería delicioso para los tiburones, puesto que entonces tendrían a menudo bocados más grandes y apetitosos que engullir. Y los peces más importantes, los que tuvieran cargos, se cuidarían de ordenar a los demás. Y así habría maestros, oficiales, ingenieros de construcción de cajas, etc. En pocas palabras, si los tiburones fueran personas, en el mar no habría más que cultura.

Bertolt Brecht. "Historias de almanaque".

1068. LOS TAMBORES

Hace muchos años un tambor recorrió las calles de aquella ciudad gritando: "¡Empezamos una nueva vida, nos vamos a otro país!"

Los ciudadanos, preocupados, decidieron meter al tambor entre rejas, a pan y agua. Pero, a la mañana siguiente, las gentes oyeron de nuevo al tambor en las calles. Y así una mañana y otra.

Un día eran ya hombres y mujeres, el carcelero, soldados y caballeros, los que recorrían con sus tambores las calles de la ciudad gritando: "¡Empezamos una nueva vida, nos vamos a otro país!". Aunque otra mañana prendieron a los tambores y los llevaron ante el obispo para que

los rociara con agua bendita, porque creían que la ciudad estaba hechizada. Pero cuando salieron de la catedral... había más tambores. En todas las casas resonaba su grito: "¡Empezamos una nueva vida, nos vamos a otro país!".

Al domingo siguiente abrieron la gran puerta de la muralla y se pusieron en camino, para empezar una nueva vida. Caminaron y caminaron. En la primera ciudad les dijeron que no había sitio, pero cuando ya se iban por las colinas, cuatrocientos hombres de aquella ciudad siguieron su camino. Anduvieron y anduvieron. Después de seis semanas llegaron a un valle donde no había ni un solo árbol. Entonces los tambores gritaron: "Construyamos cabañas y sembremos trigo". Pero no había agua. Los tambores se sentaron en el suelo y estaban tristes. Recogieron su trigo de entre la arena y se fueron a otro lugar. Allí llegó la lluvia y creció el trigo. Algunos dijeron: "Hermanos, hemos sembrado y hemos recogido la cosecha. Alegrémonos, bailemos y cantemos". Pero nadie se alegró. Uno de ellos gritó en sueños: "Aquí no crece ninguna flor". Otro chilló: "Aquí no canta ningún pájaro". Una vez más se pusieron en marcha.

Había olvidado que la tierra es redonda. Un día apareció ante ellos una ciudad maravillosa, con su muralla y su hermosa catedral. Al llegar a aquella ciudad, preguntaron: "¿Cómo se llama esta ciudad? ¿Podemos entrar?". Los centinelas contestaron: "Pueden entrar los comerciantes y los campesinos; no aquellos que llevan harapos y van con tambores. Id donde queráis. Aquí no hay sitio para vosotros".

Entonces, por primera vez, los tambores volvieron atrás. Los guardianes se reían. Uno dijo: "Hay una leyenda en nuestra ciudad. Se cuenta que, hace muchos años, unos hombres salieron por la gran puerta de la muralla en busca de una nueva vida. Se dice que llevaban maderos y tambores. Igual que éstos..."

Los tambores habían desaparecido tras las colinas y nunca se volvió a saber de ellos. Pero el más joven de los guardianes estuvo largo rato mirando el camino por donde marcharan. A la mañana siguiente, cogió un tambor y recorrió las calles gritando: "¡Empezamos una nueva vida, nos vamos a otro país!".

Resumen de Reiner Zimnik. "Los tambores"

1069. EL TREN

Un tren avanza, espléndido y veloz, hacia su destino. Corta los campos como una flecha. Penetra las montañas. Traspasa los ríos. Cruza las ciudades. Se desliza como una serpiente mecánica, sin obstáculos. Su forma, su calor, su velocidad: todo a la perfección.

Dentro del convoy tiene lugar el desarrollo de un drama: el drama de la humanidad. Gente de toda raza: gente que conversa y gente que calla. Gente que trabaja y gente que descansa. Gente que contempla el paisaje. Gente que negocia, preocupada. Gente que nace y gente que muere. Gente que ama y gente que odia secreta-

mente. Gente que hasta discute la dirección del tren: ¡el convoy tomó una dirección equivocada! Gente que cree haberse confundido de tren. Gente que protesta, incluso, contra el tren mismo: ¡no debiera haberse construido ningún tren puesto que...! Gente que proyecta trenes más rápidos. Gente que acepta el tren agradecida, disfrutando y celebrando sus ventajas. Gente que no se hace problema: sabe que llegará con seguridad a su destino. ¿Por qué preocuparse? Gente que corre nerviosa, hacia los vagones de cabeza: ¡quisiera llegar más aprisa! Gente contradictoria, que va en dirección opuesta a la del convoy, caminando absurdamente hacia el vagón de cola: ¡quisiera huir del tren!

Y el tren sigue corriendo, impasible, hacia su prefijado destino. Transporta pacientemente a todos, sin distinguir entre el amargado y el comprometido. Ni deja tampoco de transportar gentilmente a sus mismos contradictores. A nadie se niega. Y a todos ofrece la oportunidad de realizar un viaje espléndido y feliz, así como la garantía de llegar a la ciudad del sol y del descanso.

El viaje es gratis para todos. Nadie puede salir ni evadirse. Se vive dentro del tren. Y ahí es donde se ejercita la libertad: se puede ir hacia adelante o hacia atrás; cabe modificar los vagones o dejarlos intactos; se puede disfrutar del paisaje o aburrirse con sus vecinos; es posible aceptar gustosamente el tren o rechazarlo con acritud. Mas no por eso deja el convoy de correr hacia su infalible destino ni cargar cortés y gentilmente con todos.

Y hay gente que acoge el tren, se alegra de su existencia, goza con su velocidad, disfruta contemplando el paisaje, entabla amistad con los compañeros de viaje. Procura que todos se sientan a gusto, lucha contra quienes estropean el material o molestan a los hermanos. No pierde el sentido del viaje, ni por los sinsabores de la libertad ni por sus satisfacciones. ¡Es maravilloso que exista un tren y pueda llevarnos tan rápidamente hacia la patria, donde cada cual es esperado ansiosamente, donde los abrazos serán largos y el amor no tendrá fin!

Y tú, lector, ¿en qué dirección viajas?

Leonard Boff

1070. LA PAZ DE LOS HIPOPÓTAMOS

Érase una vez un lago hermoso en el que vivían dos enormes hipopótamos. De pequeños, mientras sus madres hacían la colada y preparaban el almuerzo en la orilla, habían chapoteado juntos; jugaban y jugaban sin descanso. Se querían y se necesitaban de verdad...

Con el paso de los años, ya en una ancianidad mal organizada, egoísta, inútil, vieja, y algunas cosas más, se habían vuelto intransigentes, el uno para con el otro. Se odiaban mutuamente. Se despreciaban.

Todas las mañanas, con el despuntar de los primeros rayos de sol, se dirigían su "cariñoso" saludo de costumbre:

- Buenos días, canalla, ya va siendo hora de que te largues de este lago..." Desde la otra orilla se oía responder:

- "¡De buenos días, nada! ¡Este lago sigue siendo pequeño para los dos! Que sobras asqueroso..."

Al principio, ni las gaviotas ni los hombrecillos que vivían en la playa hicieron mucho caso. "Son dos viejos cascarrabias", decían. Pero, poco a poco, empezaron a sentir miedo. Y como el miedo es el padre de todas las antipatías, también las aves y los hombres comenzaron a tomar partido. Dejando sus nidos y cabañas naturales, cada cual se acercó hasta el hipopótamo preferido (o por lo menos, hasta el menos antipático).

Con sus aliados, los hipopótamos se crecieron. Claramente: en su vejez tenían todo lo que nunca se habían atrevido a soñar: el poder.

Así que cada mañana, con el despuntar de los primeros rayos de sol, se montaba en el lago un jaleo impresionante: hipopótamos, hombrecillos y aves gritaban e insultaban hasta quedarse roncos. "Se trata de amedrentar al contrario", decían.

Claro que, la fabricación de equipos de megafonía, con amplificadores y todo, no conseguían sino "insensibilizar" los oídos del enemigo. Había que organizarse mejor.

Los aliados se reunieron, y en cada orilla del lago comenzó una impresionante discusión. Allí ambos grupos elaboraron un programa de defensa serio y articulado (se trataba de liquidar justo al que se reunía enfrente):

Fabricación y colocación de lazos y trampas anti-gaviotas. Montaje y agujereamiento de cañas de espionaje. Contarían también con máscara protectora (porque un hombrecillo muy inteligentemente, había llamado la atención sobre la posibilidad de perder un ojo, en el caso de que el enemigo descubriera la caña y le diera un golpecito)

Composición de ácidos y venenos solubles al agua.

Y un sinfín de armas convincentes y convencionales que harían la pascua al contrario. ("Cuanto más, mejor").

En pocos años, el lago se había convertido en un complejo industrial de lo más moderno. Se trabajaba día y noche.

Además, como tampoco los corazones rancios dejan de latir ni de pensar, cada grupo había creado un colectivo de "partorientos por sistema".

Eran los encargados de pensar y repensar la manera de fastidiar "cuanto más, mejor" al enemigo.

Fue en uno de esos colectivos (el llamado Centro de Ingra-Armajaleos) donde comenzó a surgir

la colosal idea: la fabricación de una bomba de agua con la que secar de una vez por todas el lago.

Pero el espionaje con caña y máscara protectora daba también sus resultados y no tardaron mucho tiempo los "partorientos" del Kiosko de Gente Borraca en conocer los planos del contrario y ponerse a trabajar.

Las bombas de agua estaban preparadas. Al más mínimo movimiento: ¡zas!, lago seco. Muerte segura del adversario y de su cochina presencia. ¡Muera el adversario! ¡Viva yo!

En fin, como el corazón de los hipopótamos era medianamente astuto, se dijeron: "Si secamos todo el lago estamos listos. Esto se está poniendo oscuro, será mejor "dialogar" un poco. No mucho. Lo justo para asegurarme".

Los dos hipopótamos tuvieron una reunión. Gracias a una ranita que oyó disimuladamente lo que hablaron pude conocer lo que se dijeron. Más o menos fue esto: "Estamos de acuerdo en que si destruimos por completo el lago, moriremos todos. También nosotros, que es lo malo. Pero nuestros viejos corazones quieren vivir y dominar durante algunos años más. Así pues, hermano, destruyamos las bombas de agua. Pero promocionemos las armas convencionales y convincentes; con ellas tenemos asegurada nuestra supervivencia y la fidelidad de nuestras gaviotas y hombrecillos aliados".

Se estrecharon la mano para la prensa y se acabó. Se empezó a hablar de paz. Paz sólo para hipopótamos, porque por todas partes seguía habiendo tímpanos rotos, ojos vaciados y envenenamientos crónicos.

Pero no importaba. La paz del lago se había reducido a un "mata a esos, pero no a mí".

En fin, termino. Con todo este jaleo se me estaba pasando el decir que cuando llegué al lago y me acerqué a la orilla, vi un montón de peces muertos y de algas secas. El veneno, las armas, los disparates y los enormes pisotones de los hipopótamos estaban acabando con la vida de los de abajo.

Los pececillos y las algas estaban desapareciendo.

Pero "la paz" reinaba en el lago...

1071. LA ÚLTIMA FLOR

La duodécima guerra mundial, como todo el mundo sabe, trajo el hundimiento de la civilización.

Capitales, ciudades y pueblos desaparecieron de la faz de la tierra.

Hombres, mujeres y niños quedaron situados debajo de las especies más ínfimas.

Libros, pinturas y música desaparecieron y las personas sólo sabían sentarse, inactivos, en círculo.



Pasaron años y más años.

Los chicos y las chicas crecieron mirándose estúpidamente extrañados: el amor había huido de la tierra.

Un día, una chica que no había visto nunca una flor, se encontró con la última flor que nacía en este mundo.

Y corrió a decir a las gentes que se moría la última flor.

Sólo un chico la hizo caso, un chico al que encontró yendo a la aventura.

El chico y la chica se encargaron, los dos, de cuidar la flor.

Y la flor comenzó a revivir.

Un día una abeja vino a visitar la flor. Después vino un colibrí. Pronto fueron dos flores; después cuatro... y después, muchas.

Los bosques y selvas reverdecieron.

Y la chica comenzó a preocuparse de su figura. Y el chico descubrió que le gustaba acariciarla.

El amor había vuelto al mundo.

Sus hijos fueron creciendo fuertes y sanos y aprendieron a correr y a reír.

Poniendo piedra sobre piedra, el chico descubrió que podía hacerse un cobijo.

Muy de prisa toda la gente se puso a construir casas.

Capitales, pueblos, ciudades surgieron en la tierra.

De nuevo los cantos volvieron a extenderse por el mundo.

Se volvieron a ver trovadores y juglares, sastres y zapateros; pintores y poetas; soldados, lugartenientes y capitanes; generales, mariscales y libertadores.

La gente escogía vivir aquí o allá.

Pero entonces, los que vivían en los valles se lamentaban por no haber escogido las montañas.

Y, a los que habían elegido las montañas, les apenaba no vivir en los valles.

Invocando a Dios, los libertadores enardecían este descontento.

Y en seguida el mundo estuvo nuevamente en guerra.

Esta vez la destrucción fue tan completa que nada sobrevivió en el mundo.

Sólo quedó un hombre... una mujer... y una flor.

James Thurber

1072. DEMOLICIÓN DEL BARCO OSKAWA

A comienzos de 1922 me embarqué en el Oskawa, un vapor de seis mil toneladas, construido cuatro años antes con un costo de dos millones de dólares. En Hamburgo tomamos un flete de champán y licores con destino a Río. Como la

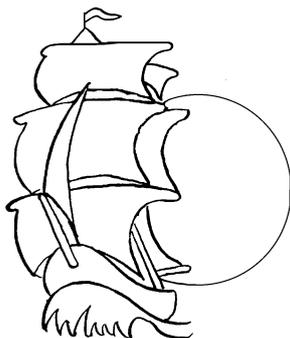
paga era escasa, sentimos la necesidad de ahogar en alcohol nuestra penas. Así, varias cajas de champán tomaron el camino del sollado de la tripulación. Pero también en la cámara de oficiales, y hasta en el puente, se oía ya, a los cuatro días de dejar Hamburgo, tintineo de vasos y canciones de gente despreocupada. Varias veces el barco se desvió de ruta. No obstante, gracias a que tuvimos mucha suerte, llegamos a Río de Janeiro. Nuestro capitán, al contarlas durante la descarga, comprobó que faltaban cien cajas de champán.

Pero, no encontrando mejor tripulación en Brasil, tuvo que seguir con nosotros. Cargamos más de mil toneladas de carne congelada con destino a Hamburgo. A los pocos días de mar, se apoderó de nosotros la preocupación por la paga pequeña, por la insegura vejez. Uno de nosotros, en plena desesperación, echó demasiado combustible a la caldera, y el fuego pasó de la chimenea a la cubierta, de modo que botes, puente y cuarto de derrota ardieron. Para no hundirnos colaboramos en la extinción, pero, cavilando sobre la mala paga, no nos esforzamos mucho por salvar la cubierta. Fácilmente, con algunos gastos podrían reconstruirla: ya habían ahorrado suficiente dinero con la paga que nos daban. Y, además, los esfuerzos excesivos, al llegar a una cierta edad, hacen envejecer a los hombres.

Por lo tanto, y puesto que teníamos que reservar nuestras fuerzas, un buen día ardieron las dínamos, necesitadas de cuidados que no podían prestarles gente descontenta. Nos quedamos sin luz. Al principio usamos lámparas de aceite para evitar colisiones con otros barcos, pero un marinero cansado, abatido por los pensamientos sobre su sombría vejez, para ahorrarse trabajo, arrojó los fanales por la borda. Faltaba poco para llegar a Madera cuando la carne comenzó a oler mal en las cámaras frigoríficas debido al fallo de las dínamos. Desgraciadamente, un marinero distraído, en vez del agua de las sentinas, bombeó casi todo el agua fresca. Quedaba aún para beber, pero ya no había suficiente para las calderas. Por lo tanto tuvimos que emplear agua salda para las máquinas, y de esta forma se nos volvieron a taponar los tubos con la sal. Limpiarlos llevó mucho tiempo. Siete veces hubo que hacerlo. Luego se produjo una avería en la sala de máquinas. También la reparamos, riéndonos por dentro. El Oskawa se arrastró lentamente hasta Madera. Allí no había modo de hacer reparaciones de tanta envergadura como la que necesitábamos. Sólo tomamos un poco de agua, algunos fanales y aceite para ellos. Las dínamos eran, al parecer, inservibles y por consiguiente no funcionaba el sistema de refrigeración y el hedor de la carne congelada ya en descomposición llegó a ser insoportable para nuestros nervios alterados. El capitán, cuando se paseaba a bordo siempre llevaba una pistola, lo que constituía una ofensiva muestra de desconfianza. Uno de nosotros, fuera de sí por trato tan indigno, soltó un chorro de vapor por los tubos refrigeradores

para que aquella maldita carne al menos se cociera. Y aquella tarde la tripulación entera permaneció sentada, calculando, diligente, lo que le costaría la carga a la United States. Antes de que acabara el viaje logramos incluso mejorar nuestra marca: ante la costa de Holanda, se nos acabó pronto el combustible y, con grandes gastos, tuvimos que ser remolcados hasta Hamburgo. Aquella carne maloliente aún causó a nuestro capitán muchas preocupaciones.

El barco fue desguazado. Nosotros pensábamos que hasta un niño podría comprender que nuestra paga era realmente demasiado pequeña.



Bertolt Brecht

1073. EVANGELIO NEOLIBERAL

El código de desastre canónico, en su artículo 1113, párrafo 2, establece que cada vez que tenga lugar una liturgia celebrada por los Siete Grandes, antes de pasar a la consagración del caviar y el Chivas, se proceda a una proclamación de la Palabra Revelada, como es propio de toda liturgia "eucaristía" (o acción de gracias). El pasaje que sigue pertenece a uno de estos evangelios, que se cita con la sigla Mc 9.

Por aquellos días, como había otra vez una gran multitud y no tenían qué comer, convocó Jesús a los discípulos y les dijo:

- Me estremece esta multitud, porque llevan ya varios días aquí y no tienen qué llevarse a la boca; si los mando a casa en ayunas desfallecerán en el camino, pues algunos vienen de muy lejos.

Los discípulos replicaron:

- ¿Cómo va a ser posible dar de comer a tanta gente en una tierra tan dura? Ni con doscientos millones de dólares tendríamos para ello.

Jesús preguntó:

- ¿Cuántos panes tenéis?

- Siete - le contestaron.

Sabía Jesús que siete es el número de la totalidad porque suma el tres, símbolo del Dios Trino, con el cuatro, símbolo de los puntos cardinales que engloban la creación. Por eso mandó a las gentes que se echaran al suelo, tomó los siete panes, pronunció la acción de gracias y los fue dando a los suyos para que los distribuyeran a la multitud. Tenían además unos cuantos peces: los bendijo también y encargó que los distribuyeran a todos.

Pero los primeros en recibir alimento, alegaron que no iba a haber bastante para todos, porque es imposible repartir si primero no se hace producir. Argüían que era mejor que se quedaran ellos con todo lo que había, para poder sembrar de modo que los panes se multiplicaran y hubiera para todos. Pensaron después que aquellos panes multiplicados eran sólo suyos, pues ellos los habían hecho crecer. Por eso se los quedaron y comenzaron a intercambiarlos entre ellos mismos. Como la multitud comenzaba a desesperarse y el hambre vuelve amenazador al hombre, decidieron convertir lo que sobraba en armas con que poder defenderse. Y marcharon corriendo a transformar las sobras de los panes en armas disuasorias y amenazadoras.

Cuando hubieron partido, Jesús dijo otra vez a sus discípulos:

- Recoged los cadáveres que han quedado.

Ellos lo hicieron así. Y resultaron mil millones de hombres, si contar las mujeres y los niños.

N.B.- Según el citado código de desastre canónico, al acabar esta proclamación, el lector deberá decir: "Palabra de dólar", a lo que todos los asistentes responderán: "Te alabamos Mamón".

José Ignacio González Faus



1074. LA VISITA INESPERADA

Existía en un pequeño pueblo un zapatero muy humilde y trabajador. Era también un hombre muy religioso. Antes de acostarse, al finalizar la jornada, hacía sus plegarias. En una de las noches, mientras oraba, escuchó una voz que le dijo: "Has sido grato a los ojos de Dios. Por eso, mañana, él mismo vendrá a tu casa a visitarte".

El zapatero no pudo dormir de la emoción. Se levantó temprano, barrió toda la casa. Sabía que contaba con poco tiempo para adecentar el lugar. En eso, pasó por allí un niño con los zapatos rotos y heridas en los pies. Le pidió al zapatero que le arreglara las suelas. A pesar de contar con tan poco tiempo para arreglar su casa, no pudo negarse ante las lágrimas del niño y le arreglo los zapatos.

Continuó su faena y cuando tenía casi todo listo llegó una viuda que había quedado muy sola y estaba deprimida. Necesitaba desahogarse y le pidió al zapatero que la escuchara. Pensó para sus adentros: "Todavía me falta montar la olla para la comida de la visita". Sin embargo, no

pudo resistirse a las lágrimas de la viuda y prefirió escucharla. La señora se fue contenta.

Estaba atardeciendo y el zapatero se puso a cocinar los alimentos. En eso llegó un borracho con el estómago vacío y ardiente por el alcohol. Pedía un poco de comida. El zapatero pensó: "Y si viene Dios y me ve con este tipo de gente, ¿qué va a pensar? Además, si le doy comida, ¿alcanzará?". Pero al final pudo más la compasión y el borracho comió y conversó con el zapatero.

Ya era de noche y el borracho se fue de la casa. Las últimas horas fueron eternas. Esperaba y esperaba, pero la ansiada visita no llegaba. Ya muy tarde, se puso a rezar y le dijo a Dios: "Señor, te he esperado durante todo el día. ¿Será que te decepcioné? ¿Por qué no has venido?"

Y en su corazón escuchó una voz que le decía: "Claro que te visité: en el niño con los pies rotos, en la viuda deprimida, en el borracho con hambre,... Y todo lo que has hecho por ellos, a mí me lo has hecho. Gracias por recibirme tan bien".

Ese día el zapatero durmió feliz y en paz.

1075. JOB MARTÍNEZ

Narrador: Había en una pequeña ciudad un hombre llamado Juan, hombre recto y justo, temeroso de Dios y apartado del mal. No era rico, pero era feliz. Trabajaba de mecánico en un garaje y el sueldo no le daba para lujos, pero sí para que la familia fuese tirando.

En casa eran cinco. Ana, su mujer, tenía 38 años y era aún hermosa.

Berto era el mayor de los hijos. Tenía 17 años y hacía ya tres que trabajaba en el mismo garaje que su padre. Ana Juan le hubiese gustado que el chico estudiase, pero las 40.000 pesetas que el muchacho arrimaba para los gastos de la casa no eran de despreciar. Por otro lado, Berto parecía encontrarse a gusto con las manos engrasadas.

Luego venía Sofía, que también arrimaba el hombro desde el mostrador de Tejidos Coliseo. Tenía quince años.

Cerraba la cuenta Paquito. Once años y 6º de EGB: ventajas de ser el último. Juan y Ana habían decidido que el sueldo de Sofía no se tocaría en casa y serviría para pagar los libros y la matrícula de Paquito. Sofía se sentía orgullosa de esto.

Y ya sólo me queda por decir que en el barrio donde la familia vivía, todos querían a Juan y a Ana. Y que Juan tenía once amigos en el garaje. Once exactamente, porque en el taller no trabajaban más.

Y sucedió que un día los ángeles fueron a presentarse ante el Señor y fue también tras ellos Satanás. Y Dios le preguntó:

Dios: ¿De dónde vienes?

Satanás: Vengo de dar una vuelta por la tierra y pasearme por ella.

Dios: ¿Y has reparado en mi siervo Juan, lo bien que se porta conmigo y con todos los que le rodean?

Satanás: Así, cualquiera. Te has pasado toda la vida mimándole. ¿Qué va a hacer sino servirte?

Dios: ¿Mimándole?

Satanás: ¡Ah, claro! ¿Qué le falta? En casa se quieren, su mujer es estupenda, tienen tres hijos que no dan un disgusto... ¡Vaya mérito servirte así!

Narrador: Satanás se detuvo un momento y lanzó a Dios una mirada irónica. Dijo:

Satanás: Pero, anda, atrévete: déjame ponerle en una gran tentación y veremos si tu siervo Juan es tan bueno como dices.

Dios: ¿No has escarmentado aún? Acuérdate cuando Job. Me pediste una cosa igual que ésta. Y saliste escaldado.

Satanás: ¡Oh, han cambiado los tiempos! Y he cambiado yo, sobre todo. Entonces yo era un aprendiz de diablo. Ahora he crecido. Los hombres aciertan cuando dicen que sé más por viejo que por diablo.

Dios: ¿Qué quieres decir?

Satanás: Quiero decir que cuando Job fui un ingenuo más grande que siete catedrales. ¡Mira que ocurrírseme probar a un hombre con dolor y con pobreza! ¡Seré bestial! Tenía que fallarme a la fuerza. Ahora lo sé. Los hombres cuando sufren o cuando están abandonados acuden a Ti. Cuando son felices... ¡ya es otra cosa!

Dios: ¿Y entonces?

Satanás: Entonces he cambiado de técnica. Ahora sé mejor lo que me hago. Conozco bien mis trampas y no hay peligro de que me coja las manos en ellas.

Dios: ¿Y tú crees que...?

Satanás: ¿Crear? ¡Estoy seguro! Juan caerá como todos. Déjame por mi cuenta veinte días y veremos si sigue diciendo que te ama a Ti y a los que le rodean.

Narrador: Dios miró hacia la tierra y vio a Juan. En aquel momento salían de misa. Dios vio a Ana entrar en una churrería con Paquito y a Juan caminar con su pareja de retoños bajo el débil sol de diciembre. Y tuvo miedo. ¿Tendría razón Satanás? ¿Todo el cariño de Juan vendría simplemente de que las cosas le resultaban demasiado fáciles?

La voz del demonio le sacó de su contemplación:

Satanás: ¿Decidido?

Narrador: Dios vacilaba aún

Satanás: El que calla otorga, dicen.

Dios: ¿Cómo piensas probarle?

Satanás: Eso es cosa mía, ¿no crees?

Dios: Bien, todo cuanto tiene lo dejo en tus manos. Pero a él no le toques.

Satanás: ¿Lo que tiene? No se lo tocaré. Estáte seguro. ¡Al contrario!

Narrador: Y salió Satanás de la presencia de Dios.

Fue al cruzar la calle Mayor. Juan dijo a Ana:

Juan: Espérame un minuto, que entro a hacer una quiniela.

Ana: Si nunca has pasado de seis resultados...

Juan: ¿Y si esta vez acierto?

Ana: ¿Pero cómo vas a acertar?

Juan: Si acierto, te compro la máquina de coser.

Ana: Sí, la máquina de coser. Como te espere tengo que coser a mano toda la vida.

Juan: ¿Quién sabe?

Ana: Anda, anda, que los hombres no sabéis qué hacer para tirar el dinero.

Narrador: Le miró desde la puerta, divertida. De pronto, como con una decisión repentina, entró también ella en el bar. Dijo:

Ana: Déjame hacer a mí una columna, que como sé menos seguro que acierto más que tú.

Narrador: Berto y Sofía se reían asomándose por detrás de su madre:

Otros: ¡Uy, ha puesto que el Barcelona empata en casa con el Gijón y que el Madrid pierde en Santander!

Juan: Pero no pongas esos disparates, mujer.

Ana: Tú déjame a mí, que aquí lo que hay que saber es equivocarse.

Narrador: Cuando Juan leyó luego la columna de Ana le bailaron los ojos en las órbitas, respiró profundamente y dijo:

Juan: Me parece que esta vez te quedas sin máquina de coser.

Narrador: Pasaron algunos días y llegó por fin el domingo a la noche.

Ana: ¡Qué raro que tarde tanto hoy tu padre del fútbol!

Otros: Bah, como han ganado, igual están por ahí celebrándolo.

Ana: Ya. Pero dijo que vendría a buscarme para salir.

Otros: Vendrá en seguida, verás.

Narrador: Alguien cantaba escaleras arriba. Cuando Ana abrió la puerta, un cuerpo pesado cayó sobre ella, abrazándola. Ana gritó asustada, pero Juan comenzó a levantarla por el aire, a besarla.

Ana: ¿Te has vuelto loco?

Juan: Sí.

Narrador: Y se dejó caer sobre la cama.

Ana tardó una hora en enterarse de lo sucedido. Les había tocado la quiniela. Pero ¿los quince? ¡Qué difícil era entenderse con aquel borracho! ¿Los quince? Sí, los quince. ¿Y cuánto les había tocado? No se sabía. ¿Cómo que no se sa-

bía? No, no se sabía. ¿Y entonces? Eso no lo decían hasta más tarde. Pero ¿era seguro que les había tocado? Sí, eso sí, pero no se sabía cuánto. ¿Entonces? Sería mucho; sólo a una burra como ella se le podía ocurrir que el Gijón empataba en Barcelona. ¿Cómo has dicho? Sí, una burra, una preciosa burra, una burra estupenda. ¿Le compraría entonces la máquina? ¿Qué máquina? La de coser. Ah, ya, la de coser. Sí. Y el televisor, y unos zapatos y un coche y una lámpara en el comedor y un viaje a Mallorca y un abono para el fútbol en tribuna y un traje de baño y un coñac y otra radio y un vídeo y una criada monilla y turrón para Navidad y...

Ana durmió mal aquella noche. Juan roncó y se revolvió sin parar, pesado como un saco de zapatos.

Fueron 29.420.000 pesetas. Juan no olvidará nunca el nerviosismo de la espera. La quiniela era difícil, pero igual eran cientos los acertantes y le tocaban sólo unos miles. Pero acabó la angustia. Siete máximos acertantes. Casi treinta millones. Y entonces llegó el estallido de la locura. Bajaron todos los vecinos.

Juan: Del bar que traigan Málaga y Coca-colas y cervezas. Ah, y vasos. Y que vayan a la pastelería a por cuatro docenas.

Narrador: Ana se había puesto el mejor traje que tenía. Y Sofía el que había estrenado el día de la Inmaculada. Gente, gente, cada momento llegaba más gente. Vinieron periodistas:

Otros: ¿Y qué piensa hacer usted con todo ese dinero?

Narrador: Juan no sabía. Anoche había estado hablando de ello con Ana. Por de pronto, un piso. "Un piso sencillo, pero bueno", había dicho él. Ana había puesto cara de descontento al oírle decir lo de sencillo. ¿Es que treinta millones no daban para más? Ana había estado todo el día con uno de los de la nueva casa que acaban de hacer junto al parque.

Juan: Pero ésos cuestan veinticinco millones, por lo menos.

Ana: Aaaah!

Narrador: Y Ana se había quedado triste. Y los dos se miraron silenciosos.

Juan: Yo había pensado en un coche. Podía buscarme una plaza de taxista y así podríamos marchar por ahí los fines de semana y en verano.

Ana: Hace más tiempo que no me paso un tarde tumbada en el monte...

Narrador: Ahora se daba cuenta Ana de tantos deseos que no había sospechado siquiera tener. ¿Un televisor mejor con el vídeo?

Ana: Lo primero un buen televisor, Juan. Lo tiene todo el mundo.

Narrador: Se quedaban en silencio con los ojos perdidos en el techo del dormitorio. Ana se miró las manos.

Juan: ¿En qué piensas?

Ana: Un lavaplatos. Mira cómo tengo las manos.

Narrador: Ana mediodía le pasaron a Juan un sobrecito. Era del Banco de los Pobres. Le felicitaban por su suerte y le recordaban que... los pobres esperaban su generosidad... Juan pensó: "¡Qué oportunos! ¿No podían esperar una semana más?"

Juan: Dales cinco mil.

Ana: Por cierto, Juan. Di algo a Paco; vino el pobre tan...

Juan: ¿Y qué le diste?

Ana: Diez mil.

Juan: Pues, hija, no eres tú poco...

Ana: ¿Qué menos le iba a dar? ¡Comprende!

Juan: Sí, sí, ya verás cómo ahora nos llenamos de parientes.

Ana: Hijo, diez mil...

Juan: Sí, sí, diez mil por aquí, cinco mil por allá...

Narrador: El restaurante para los cinco costó veintiséis mil pesetas. Aquel día Ana no estaba para cocinas y era hermoso eso de sentarse a la mesa y que te sirvan la comida sin tener que hacer nada.

Otros: ¿Me comprarás la moto, eh, papá?

Narrador: Era el gran sueño de Berto. Verlo todos los días las pandillas de "hijos de papá" saliendo de excursión con sus amigos y él quedarse con las manos engrasadas y triste...

Aquella noche Ana y Juan durmieron aún peor que las anteriores. Se maravillaban de las cosas que deseaban y unas horas antes ni se les habría pasado por la cabeza. ¿Qué hacer? Juan había empezado a darle vueltas a la idea de un taller propio de reparaciones de motos y coches. Él y Berto lo llevarían de sobra. Y serían independientes sin que nadie se comiera el fruto de su trabajo. Pero si ponían el taller no les llegaba para comprarse el piso. Porque algo tenían que ahorrar...

Ana: El piso antes que nada. ¿Tú sabes lo que es que el casero se te coma cincuenta mil pesetas al mes? ¿Y por qué no dejar lo de mecánico y ponerse de taxista? Dicen que se gana mucho. Y el día que te apetece te vas de excursión sin dar cuentas a nadie. Sería bonito, sí.

Narrador: También Sofía soñaba. ¡Qué distinta iba a ser su vida ahora! Mamá había decidido que dejara lo de ser dependiente.

Ana: La necesito yo en la casa. Y no es para una chica como ella estar detrás de un mostrador, ¿no?

Narrador: Berto corría en su cabeza por todas las carreteras de la provincia. Ana sesenta, a setenta, a noventa... El aire de la velocidad hacía volar sus pelos. ¿Y Mari? Mari sentada en el sillín de atrás, agarrándose, miedosa, a su cintura. ¿Otros quizá? Su padre había dicho: "Ahora podías ir pensando en otra chica mejor puesta que Mari". Pensó en la rubia aquella del jersey

verde que salía siempre en la moto del hijo del alcalde. Se la imaginó en el sillín de atrás de su moto, riéndose. Sí, se reía muy bien aquella chica.

Tampoco arriba podía descansar Dios. ¿Es que el hombre era así? Bastaba abrirle un instante la imaginación y el chorro de las ambiciones se precipitaba dentro. Y no es que no comprendiese los deseos de Juan. Lo que le dolía era su modo de desear. Le preocupaba que Juan sufriese ahora por no tener sesenta cuando ayer dos o tres le hubiesen hecho inmensamente feliz.

Le preocupaban también los sueños de Ana que ya se veía luciendo joyas en el casino, con todos los hombres cuchicheando a su paso. Y los de Berto, que ya no sólo quería la moto, sino todos los días libres para pasárselos galopando en ella.

Satanás: ¿Qué tal? ¿Qué te parece ahora tu siervo Juan?

Dios: No ha hecho nada malo.

Satanás: Démosle tiempo. Por de pronto, ¿dónde queda aquel amarte a Ti y al prójimo? De Ti no se ha acordado ni medio minuto.

Narrador: Dios agachó la cabeza reconociéndolo.

Satanás: ¿Y del prójimo?

Dios: Ha dado...

Satanás: Sí, quince mil pesetas. Y refunfuñando.

Narrador: Satanás se paseó un rato ante Dios regodeándose ante su silencio. Luego dio una patadita en el suelo y dijo:

Satanás: Dentro de siete días mi segunda jugada. Te invito a presenciirla.

Narrador: Y salió Satanás de la presencia de Dios.

Fueron siete días lentos, difíciles. El martes discutieron Juan y Ana sobre el taller o el piso. El miércoles llegó Berto a las doce de la noche porque "ya que tenía moto iba a aprovecharse de ella". El jueves, Sofía llegó a casa llorando porque en el bar le habían llamado "nueva rica". El viernes rompió Berto con Mari. El sábado Juan tuvo una pelotera con el dueño del garaje, que pensaba que "una semana de vacaciones ya estaba bien, y que tenía que decidir de una vez si volvía o no al trabajo". El domingo estrenaron el nuevo piso junto al parque y Ana comprendió que necesitaría otros dos millones para decorarlo a tono. El lunes volvieron Juan y Berto al trabajo, que se les hizo más largo que nunca. El martes...

Ana: Nunca pensé que treinta millones fuesen tan cortos. Ya podía tocarnos la lotería mañana.

Juan: La suerte no llama dos veces a la misma puerta.

Narrador: Pero a pesar de ello Ana contempló largo rato la tira de los diez décimos de lotería

de Navidad. Pensó: "Trescientos millones. Eso ya sería suerte de veras, y no esto".

Y la suerte vino. Y ya no fue necesario elegir, porque hubo taller, y piso, y coche, y...

Ana supo lo que era la alta sociedad. Y sus joyas fueron admiradas y envidiadas. Y junto a las joyas fue admirada y envidiada la dueña de las joyas. Y en cada baile del casino hubo junto a ella un nuevo hombre simpático que con piropos y cumplidos la hacía enrojecer. Y Ana comenzó a sorprenderse muchas veces pensando en hombres que no eran su marido. Desde luego, ella se había adaptado mucho mejor al nuevo ambiente. Juan seguía pensando igual que antes. Habría que irle educando.

Los sueños de Juan no eran tan felices. Llevar la dirección del nuevo garaje no era tan divertido como él había pensado. Y si lo dejabas en manos de administradores estabas perdido. Y menos mal que no había aceptado en su garaje a ninguno de los viejos compañeros. No hay peor cosa que ser amigo de tus inferiores, pensaba. Se te suben a las narices a menos de nada.

¿Y Berto? Él era quien más le preocupaba. Ahora no le veía nunca. Se pasaba todo el día corriendo con la moto como un loco. Además andaba con una chavala rubia que a Juan no le gustaba un pelo. Pero ¿cómo acercarse ahora al muchacho? Eran raros los chicos de ahora, pensó. Y se dio cuenta de que antes no había pensado nunca esto.

Sofía era la más extraña de todos. Se pasaba el día en casa, sin querer salir y se ponía a llorar cuando le invitaban a una fiesta. Decía que las nuevas amigas se reían de ella. Y mamá no le dejaba salir con las de antes. Sentada ante la televisión se pasaba las horas inmóvil, masti-cando chicle y televisión, como un rumiante móvil.

¿Y Paquito? Era el único que parecía no enterarse de nada. Después de ilusionarse dos días con los nuevos juguetes, había vuelto al balón, que era estupendo.

Satanás: Parece que esta vez me van mejor las cosas.

Dios: Veremos aún, son los primeros días.

Satanás: Eres curioso. Mantienes la esperanza hasta el último minuto. Y nadie como Tú sabe que este juego está perdido.

Dios: Quizá... está perdiéndose, perdido no. En definitiva, será Juan quien lo pierda o lo gane. Esperaremos.

Satanás: Si te apetece... Por cierto que te tengo reservado un buen plato. ¿Sabes que hoy presentan a Sofía en sociedad? es divertidísimo: la chica se ha pasado la tarde llorando y la madre dándole polvos para que no se note. Y es la tercera copa de coñac que le obliga a beber para que tenga valor para esta noche. Terminará emborrachándola, verás. Mira: ya van hacia el casino.

Narrador: Y desde arriba fueron viéndolo todo: el terrible vacío del corazón de Sofía durante to-

da la fiesta, las miraditas que Ana cruzó con otros hombres, la escapatoria de Rober (ahora ya no se llamaba Berto) al jardín con la muchacha rubia y cómo se rió todo el mundo de Juan cuando, tras la séptima copa, empezó a hablar de sus compañeros del garaje.

Luego vieron levantarse el alba sobre la ciudad y oyeron las campanas de las iglesias llamando a los fieles al encuentro dominical con Dios. Oyeron a Juan:

Juan: Ana misa iremos por la tarde.

Ana: ¿No te parece que ya hemos oído bastantes misas cuando éramos pobres? Luego te confiesas.... ¡total!

Narrador: Y vieron sobre todo al señor Pedro llamando a mediodía a la puerta de Juan. Dios puso toda la ilusión en este encuentro. Si Juan respondía que sí, nada estaría perdido, porque sería señal de que aún era bueno. Y seguro que diría que sí. ¿Cómo iba a negárselo al señor Pedro? Juan recordaría que, cuando llegó al garaje siendo un chiquillo, el señor Pedro le enseñó el oficio, le ayudó como un padre, le dio incluso unos duros más de vez en cuando él y Ana eran novios y no tenía para llevarla al cine. Además, el señor Pedro iba a pedir poca cosa: un adelanto de cien mil pesetas. ¿Qué era eso para Juan? Y para el señor Pedro significa todo. Si no las pagaba le venderían la casa y ¿qué haría entonces el pobre viejo? Dios y el señor Pedro estaban seguros de que Juan no dudaría un segundo. Y a pesar de ello, los dos temblaron cuando el timbre sonó en el interior de la casa. Los dos esperaron impacientes, los dos... Juan se negó.

Satanás: ¿Y ahora qué?

Dios: Ahora..., ahora..., me gustaría saber cómo has aprendido esas mañas.

Satanás: ¡Muy sencillo! Fue cuando tu Hijo andaba sobre la tierra. Un día se acercó a Él un muchacho joven y tu Hijo le miró. Era un muchacho que me interesaba y pensé que lo perdería para siempre. Porque tu Hijo arrastraba ante sí a todos cuantos miraba.

Pero aquel día los ojos de tu Hijo fallaron y yo mismo quedé sorprendido.

pensé mucho sobre el asunto y al fin lo comprendí. Comprendí que no había atadura como el dinero. Y desde entonces una de mis grandes batallas es ésta: convencerles de que el dinero es la felicidad y la felicidad es el dinero, llenarles el corazón de ambiciones. Cuando logro esto ya son míos, se pegan al dinero como a la miel. Y con el saco lleno, Tú lo sabes, se vuela mal hacia Ti.

Dios: Y sin embargo...

Satanás: Ya lo sé que Tú siempre mantienes la esperanza. Pero bien claro lo dijo tu Hijo: "Es más difícil que un rico entre en los Reinos de los Cielos, que el que entre un camello por el ojo de una aguja". Mira a tu Juan, tu Job del siglo veinte.

Narrador: Y Dios volvió hacia la tierra su mirada.
Y vio cómo Juan se iba alejando de Él. Y se quedó triste.

José Luis Martín Descalzo